

V A R I A

REORGANIZACION DEL INSTITUTO

El Gobierno Nacional ha expedido el siguiente

DECRETO NUMERO 0726 DE 1947

(Febrero 28)

por el cual se reglamenta la Ley 5ª de 1942, se reorganiza el Instituto Caro y Cuervo y se fijan su personal y asignaciones.

El Presidente de la República

en uso de sus facultades legales, y en especial de las que le confieren las Leyes 5ª de 1942 y 60 de 1946,

Considerando:

Que parte del personal del Instituto Caro y Cuervo, entidad que funciona desde hace algunos años, viene prestando sus servicios por medio de contratos celebrados con el Ministerio de Educación Nacional, los cuales se pagan con las apropiaciones que para tal efecto han figurado en los presupuestos nacionales;

Que es conveniente unificar la forma de pago de las asignaciones del personal de dicho Instituto;

Que parte de los fondos apropiados en el Presupuesto Nacional vigente, capítulo 77 artículo 1330, "para atender al pago de contratos por prestación de servicios en el Instituto Caro y Cuervo", fue trasladada al artículo 1329 del mismo capítulo, "para sueldos del Instituto Caro y Cuervo", a fin de fijar la totalidad del personal de dicha institución, y

Que es conveniente que dicho Instituto goce de autonomía para el pleno logro de sus finalidades, en consonancia con sus peculiares características,

Decreta:

Artículo 1º—El Instituto Caro y Cuervo, creado por la Ley 5ª de 1942, funcionará a partir de la fecha del presente Decreto, en forma autónoma, bajo la dependencia del Ministerio de Educación Nacional.

Artículo 2º—Serán finalidades del mencionado Instituto las siguientes:

a) Continuar el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* que dejó empezado el ilustre filólogo colombiano Rufino J. Cuervo.

b) Investigar el estado actual del castellano en las diversas regiones del país, y

c) Cultivar y difundir por medio de publicaciones, conferencias, etc., los estudios filológicos.

Artículo 3º—El Instituto Caro y Cuervo dispondrá, en la Biblioteca Nacional, de las salas necesarias para las investigaciones, clases y conferencias que realice y de las cuales se trata en el Art. 7º de este mismo Decreto.

Artículo 4º—El Instituto constará del siguiente personal y asignaciones:

Un Director con	\$ 500.00 mensuales
Un Colaborador-técnico con	\$ 400.00 "
Seis Auxiliares, cada uno con	\$ 350.00 "
Una mecanotaquígrafa con	\$ 150.00 "
Un Ayudante de administración con \$	100.00 "

Todos estos empleados trabajarán diariamente el número de horas que el Ministerio tiene establecidas para sus empleados, de acuerdo con el Director del Instituto.

Artículo 5º—El Director del Instituto tendrá a su cargo la orientación y reglamentación de las investigaciones y demás actividades del Instituto y velará por que el trabajo de todos los colaboradores se ajuste a las normas aceptadas en el mundo científico.

Artículo 6º—El Colaborador-técnico dictará a los auxiliares clases de las materias necesarias para que la continuación del *Diccionario de construcción y régimen* no decaiga del alto nivel en que lo dejó su iniciador y se mantenga de acuerdo con los adelantos de la lingüística moderna. A estas clases podrán ser admitidos gratuitamente alumnos asistentes.

Artículo 7º—Serán funciones de los auxiliares: a) estudiar, bajo la dependencia del Director, los autores clásicos, españoles y americanos, antiguos y modernos, en ediciones críticas, o al menos cuidadosamente hechas, a fin de seleccionar los ejemplos que han de servir para la composición de los artículos del diccionario; b) transcribir en pape-

letas y clasificar los ejemplos escogidos a que se ha hecho referencia; c) elaborar proyectos de redacción de artículos del Diccionario, sobre el material ya preparado; d) estudiar la etimología de voces destinadas al Diccionario; e) adelantar estudios lexicográficos con el fin de que la continuación del Diccionario se realice de acuerdo con las normas científicas; f) preparar ediciones críticas de obras de Cuervo o Caro u otros autores, fijando el texto de acuerdo con los manuscritos o ediciones originales, redactando estudios preliminares, índices, corrigiendo pruebas, etc.; g) colaborar en el Boletín del Instituto con los artículos o notas bibliográficas que se les pidan, revisando pruebas, o en cualquier otra forma; h) contestar las consultas que, sobre asuntos lingüísticos, hagan personas o entidades oficiales o particulares; i) realizar traducciones de textos clásicos o modernos que el Instituto deba utilizar; j) dictar, llegado el caso, clases anejas al Instituto sobre materias propias de su especialidad; k) ejecutar cualquier trabajo relacionado con los fines del Instituto por encargo del Director del mismo o del Ministerio de Educación Nacional, y l) ejecutar en desarrollo del inciso c) del artículo 2º de este mismo Decreto, los trabajos que el Director del Instituto juzgue convenientes. El Director del Instituto designará entre estos colaboradores al Secretario y al Bibliotecario de la entidad.

Artículo 8º—El Secretario del Instituto llevará la correspondencia, cuidará los archivos y tendrá a su cargo los asuntos relacionados con el Ministerio y con la marcha general del Instituto.

Artículo 9º—El Bibliotecario cuidará de la formación, ordenación y conservación de la biblioteca del Instituto.

Artículo 10º—Serán funciones de la mecanotauígrafa: a) sacar en máquina copias de los originales de obras, artículos y demás publicaciones; b) atender a la correspondencia del Instituto; c) copiar y ordenar los ficheros lexicográficos y bibliográficos, lo mismo que los de los canjes, direcciones, etc.; y d) desempeñar las demás funciones relacionadas con su oficio o que le señalen el Director y el Secretario del Instituto.

Artículo 11º—El Instituto publicará un Boletín cuatrimestral, cuyo director será designado por el del Instituto, en el cual se darán a conocer los trabajos de los miembros de la entidad y de otros colaboradores nacionales y extranjeros especialmente invitados para ello. También publicará una serie de obras relacionadas con sus estudios. Tanto el Boletín como las demás publicaciones se canjearán con las revistas nacionales y extranjeras que sean de interés para las investigaciones filológicas. Además se distribuirán en forma conveniente y para la difusión de los trabajos del Instituto a las personas interesadas y especialmente a las bibliotecas y planteles de educación.

Artículo 12º—Los trabajos relacionados con el estudio de las lenguas y dialectos de los aborígenes de Colombia, de que hablan los

Decretos número 786 de 1944 artículo 11 y número 1291 de 1944, se realizarán en adelante en el Instituto Etnológico Nacional de esta ciudad.

Artículo 13º—El pago de los sueldos de que trata el presente Decreto se hará con cargo al capítulo 77 artículo 1329 del Presupuesto Nacional vigente.

Artículo 14º—Posteriormente y por Decreto especial se reglamentará el premio Caro y Cuervo de que trata el artículo 3º de la mencionada Ley 5ª de 1942.

Artículo 15º—El presente Decreto, para efecto de las asignaciones que señala, regirá a partir del primero de febrero del presente año, fecha desde la cual está prestando sus servicios todo el personal, con excepción del ayudante de administración, para quien regirá a partir de la fecha de la posesión.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá, a 28 de febrero de 1947.

(Fdo.) *Mariano Ospina Pérez*

El Ministro de Hacienda y Crédito Público,

(Fdo.) *Francisco de Paula Pérez*

El Ministro de Correos y Telégrafos, Encargado del Despacho de Educación Nacional,

(Fdo.) *José Vicente Dávila Tello*

RESONANCIA DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

El R. P. Félix Restrepo S. J., Director del Instituto Caro y Cuervo, ha concedido a la Radiodifusora Nacional de Colombia la entrevista que a continuación se publica:

El público de Colombia tiene muy vaga idea, P. Restrepo, de lo que es el Instituto Caro y Cuervo, puesto bajo su dirección. El nombre que cobija el Instituto no puede ser más glorioso. Colombia ocupó la vanguardia en el movimiento filológico y humanista en Hispanoamérica en los años en que Caro y Cuervo brillaban en todo su esplendor. Pero desaparecida esa generación gloriosa, nuestra patria se ha venido quedando atrás en estos estudios desinteresados. Méjico, el Perú, el Uruguay y la Argentina tienen desde hace años Institutos de Filología y publican sus respectivas revistas. En cambio, en Colombia no existía sino la Facultad de Filosofía y Letras del Colegio del Rosario, que entiendo está clausurada hace varios años, y ahora el Instituto Caro y Cuervo.

—Ciertamente, Colombia había decaído un tanto en el prestigio que en asuntos filológicos y literarios tuvo en la época gloriosa que acaba Ud. de recordar. No porque nos hayan faltado nunca nombres ilustres y de fama continental, como los de Marco Fidel Suárez, Antonio Gómez Restrepo, Ismael Enrique Arciniegas, Guillermo Valencia y Rafael Maya, sino porque faltaba el trabajo organizado que estimulara el estudio de la juventud y asegurara la continuación del esfuerzo de los especialistas. Con muy buen acuerdo, el Congreso Nacional, con ocasión del centenario del nacimiento de Miguel Antonio Caro y Rufino J. Cuervo, dictó la ley 5ª de 1942, con la cual se asoció la nación a dicho centenario, y se fundó el Instituto Caro y Cuervo, cuyo fin — dice el texto de la ley — será 'continuar el Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana, preparar la reedición crítica de las *Disquisiciones Filológicas* de Cuervo y cultivar y difundir los estudios filológicos'. En marzo de 1944, el entonces encargado de la Presidencia, doctor Echandía, dictó el decreto reglamentario de esta ley, y en este año, el ministro de educación doctor Mario Carvajal, le dio una nueva organización y más sólida estructura al Instituto.

REORGANIZACION DEL INSTITUTO

—Y en qué consistió la reorganización del Instituto?

—Trabajaba el Instituto Caro y Cuervo como dependencia de la sección de Extensión Cultural y Bellas Artes, pero después del último decreto citado, el Instituto es en cierto modo autónomo, dependiente de la Secretaría General del Ministerio, lo cual le permite un desarrollo más expedito y vigoroso. Por otra parte, las mayores apropiaciones que el mismo decreto arbitró para personal y gastos generales han de producir fecundos resultados. Cuenta hoy el Instituto, además del Director, con un colaborador técnico, el profesor español Pedro Urbano González de la Calle, profesor también en la Escuela Normal Superior, especialista en lenguas antiguas, profesor de sánscrito y muy perito en cuestiones del bajo latín y de lingüística románica. El secretario del Instituto es el doctor José Manuel Rivas Sacconi, una de las figuras más interesantes de la juventud intelectual colombiana, digno heredero de los talentos de su padre José María Rivas Groot; hizo sus estudios secundarios en gimnasios clásicos de Italia, se graduó después en Derecho y Ciencias Económicas y también en Filosofía y Letras en la Universidad Javeriana, y se ha dedicado desde entonces por completo al cultivo de las humanidades. Además colaboran en el Instituto los doctores Rafael Torres Quintero, Fernando Antonio Martínez, doctores ambos graduados en la Universidad Javeriana, y los licenciados Luis Flórez, Eduardo Amaya Valencia y Francisco Sánchez Arévalo, de la Escuela Normal Superior. Y cito complacido estas dos institucio-

nes — la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana y la Escuela Normal Superior — porque usted mismo recordaba que en Colombia los estudios humanísticos estaban en peligro de desaparecer. Afortunadamente, estas dos instituciones, cada día más florecientes, han venido a reforzar la labor que siempre han hecho los seminarios eclesiásticos y las comunidades religiosas en el sentido de conservar vivo el entusiasmo por los estudios clásicos en la juventud colombiana. Como ve Ud., el Instituto ha encontrado colaboradores competentes gracias al personal que se ha formado en las instituciones nombradas.

CONTINUACION DE LA OBRA DE CUERVO

—Y cuáles son los fines que debe realizar el Instituto?

—La ley y los decretos reglamentarios los expresan claramente: primero, continuar el Diccionario de Construcción y Régimen que dejó empezado el gran maestro Rufino J. Cuervo, y segundo, cultivar y difundir los estudios filológicos.

—Y si será posible, P. Restrepo, que pueda llevarse a término la labor que dejó Cuervo comenzada? No es en cierto modo una profanación poner mano en lo que él inició? No sería mejor conservar la obra trunca, del mismo modo que en los grandes museos se ven estatuas mutiladas que nadie se ha atrevido a completar?

—No pretendemos nosotros, ni puede pretender nadie, hacer una obra comparable a la que realizó el genio de Rufino J. Cuervo; pero hay una gran diferencia entre una obra artística trunca y una labor lexicográfica empezada. Una obra de arte como la Victoria de Samotracia o la Venus de Milo, sería profanación tratar de restaurarla, porque la obra de arte tiene una unidad perfecta que, en el caso de la restauración, no representaría ni el mérito del artista ni la labor del restaurador. En cambio, en una labor lexicográfica como la que hemos emprendido, todo el mundo puede darse cuenta de cuál es la obra de Cuervo y de qué es lo que los continuadores van a hacer por su cuenta. En primer lugar, Cuervo dejó terminado el estudio de varias palabras correspondientes al tomo 3º de su obra. Además dejó miles de papeletas con ejemplos relativos a las demás palabras de su Diccionario hasta la letra 'L'. De ahí en adelante había hecho Cuervo muchas anotaciones en los autores clásicos, pero en una forma tan sintética y abreviada, que no ha sido posible aprovecharlas. El Boletín del Instituto ha ido publicando los artículos que dejó Cuervo redactados sin cambiarles una línea; empezará muy pronto a publicar las papeletas en que dejó los ejemplos perfectamente escritos aunque no clasificados, y haremos constar claramente que la clasificación es obra nuestra. No pensamos, sin embargo, añadir un solo ejemplo a los que Cuervo re-

cogió al publicar estas papeletas en el Boletín. Pero para la publicación de los tomos siguientes del Diccionario si nos proponemos completar los ejemplos que faltan, que en algunas ocasiones son muchos, para que esos artículos correspondan a la riqueza de ejemplos y a la variedad de acepciones que puede decirse que agotan la materia en los dos tomos conocidos del Diccionario de Cuervo. Con este sistema, cualquiera puede ver lo que se debe a Cuervo y lo que se debe a sus continuadores. En el Boletín se encuentran los ejemplos que Cuervo dejó recogidos, y en los tomos publicados aparte, la nueva elaboración de los materiales, unos recogidos por Cuervo y otros por los miembros del Instituto.

—Será esa, labor de muchos años?

—Este trabajo no es de años, sino de varias generaciones. Únicamente el genio de Rufino J. Cuervo podía pensar en arrostrar él solo la dificultad y la inmensa tarea que supone estudiar todos los clásicos castellanos desde los balbuceos de la lengua, todos los autores a través del siglo de oro y hasta la época presente, para escoger en todos ellos y todas sus obras todos los usos que pueden tener las palabras que entran en el plan de un Diccionario de Construcción y Régimen. A pesar de la labor del maestro y de su vida de benedictino entregada por completo a su trabajo lingüístico, se rindió él sin haber podido terminar sino las cuatro primeras letras del alfabeto. El material que hay que estudiar ha aumentado considerablemente desde la muerte del gran filólogo colombiano, y dada la agitación de la vida moderna es imposible pensar que un colaborador del Instituto pueda dedicarse exclusivamente a leer autores, señalar ejemplos y escribir papeletas. Por eso necesariamente el trabajo avanza lentamente; y como digo será obra de generaciones el terminarlo; pero mucho ha hecho el Gobierno de Colombia al crear un Instituto en el cual se conserve la tradición de este trabajo y en el que poco a poco se vayan poniendo las piedras que faltan hasta terminar el grandioso monumento.

—Y en qué otros trabajos se han ocupado entonces los colaboradores del Instituto?

—Se han publicado algunos libros, se tienen otros en preparación y se ha editado desde el año 1945 el Boletín del Instituto, que se publica tres veces al año en cuadernos de más de 200 páginas. Los libros publicados son: las *Obras inéditas* de Rufino J. Cuervo, que tuve yo la buena suerte de hallar entre sus papeles, legados por él a la Biblioteca Nacional y que forman un gran tomo de 494 páginas; la *Canción a las Ruinas de Itálica*, obra escrita en latín por Miguel Antonio Caro, inédita también y en cuya edición trabajó con gran consagración y competencia el secretario del Instituto José Manuel Rivas Sacconi. Las obras preparadas son: la Historia del Humanismo en Co-

lombia, del mismo Rivas Sacconi, que es un estudio muy completo de todo lo que ha sido cultivo de las humanidades, especialmente de los estudios clásicos griegos y latinos en nuestra patria desde el descubrimiento hasta la época presente; una nueva edición de las *Disquisiciones filológicas* de Cuervo, que ha estado a cargo de Rafael Torres Quintero, y la edición de una obra inédita de Gonzalo Jiménez de Quesada hallada en los archivos españoles. Pero el trabajo más constante de los miembros del Instituto aparece en el *Boletín*. Gracias a él, Colombia ha recuperado otra vez su puesto de honor en el continente americano en los estudios humanistas. Puede decirse sin temor a exageración que hoy día el *Boletín del Instituto Caro y Cuervo* es el mejor boletín de estudios filológicos que se publica en el continente hispanoamericano y que sufre muy bien la comparación con los mejores que se editan en Europa. Vea Ud., por ejemplo, con qué palabras recibió el patriarca de la filología española, Ramón Menéndez Pidal, la publicación del *Boletín*.

—'Muy especialmente me interesa el *Boletín del Instituto Caro y Cuervo* que ustedes publican. Desde luego será una satisfacción para mí figurar junto a los colaboradores de esa entidad, cuyos trabajos tienen siempre gran valor para la filología'. Y vea aquí también lo que dice desde Nueva York Tomás Navarro Tomás: 'Han hecho ustedes una excelente presentación de su revista reuniendo trabajos de nombres tan distinguidos en la filología española como los señores Restrepo, Castro y González de la Calle. El *Boletín* ofrece además una gran variedad de notas informativas sobre publicaciones y actividades literarias y su presentación tipográfica en lo que se refiere a la claridad de imprenta, aspecto de sus cubiertas y calidad de sus materiales da una idea muy favorable de la tipografía colombiana. Felicito a ustedes muy sinceramente por el buen principio que han dado a su empresa y deseo que la puedan mantener en los números sucesivos en el mismo nivel en que tan acertadamente la han iniciado. La gran tradición lingüística de Colombia necesitaba tener un órgano de comunicación internacional como el *Boletín* que ustedes han fundado'.

—Pasemos desde Nueva York al otro extremo del continente. Vea Ud. lo que dice Rodolfo Ragucci en la Argentina: 'El *Boletín del Instituto Caro y Cuervo* va cobrando con cada número interés creciente por la excelencia de los trabajos que brinda al lector. Quien dirige publicación de tal jerarquía es un benemérito de la cultura hispanoamericana'.

—Y ya que hablamos del P. Ragucci, estas son las palabras con que nos avisa recibo del primer tomo de las obras publicadas por el Instituto, o sea las *Obras inéditas de Rufino J. Cuervo*: 'La lectura de esta publicación me ha causado hondo deleite. Es interesantísima. Sus varios trabajos, oportunos — sobre todo los primeros —, ponderados, caudales. Erudición, profundidad, exquisitez, son notas que

brillan en cada una de sus páginas. No podía esperarse iniciación más acabada. Y es de imaginar lo grandioso del edificio que empieza a erigirse sobre tan macizo asiento'. Desde Buenos Aires nos escribe también Luis Alfonso las siguientes palabras: 'No quiero terminar esta carta sin expresarle a Ud. y a los demás miembros del Instituto Caro y Cuervo, mis felicitaciones por la admirable labor que están realizando. La revista del Instituto es una de las mejores en su género y tendrá decisiva influencia en el desarrollo de los estudios lingüísticos en América'. Volvamos otra vez al norte y detengámonos en el Ecuador. Vea lo que nos escribió Humberto Mata desde Cuenca: 'Esta revista ha llenado una necesidad en el mundo de habla castellana, en la que hacía falta una que amerite el habla y al hombre. Es imponderable el beneficio que esta revista presta a la cultura indoamericana y española. Espero larga vida para el Boletín, el cual diga que también en América se sabe hacer cosas que limpian, fijan y dan esplendor'.

LIBROS PUBLICADOS Y EN PREPARACION
 RESONANCIA DEL 'BOLETIN DEL INSTITUTO'

—Y sigamos hasta Méjico. Darío Rubio escribe lo siguiente: 'He comenzado a leer el Boletín, número 1 y debo decir a ustedes que estoy adquiriendo muy buenas enseñanzas que espero aprovechar tanto como pueda. No me maravilla el encontrar asuntos tan interesantes en dicho Boletín, pues tengo para mí que Colombia puede enorgullecerse de contar, entre toda la América española, con hombres siempre admirados y reconocidos siempre como poseedores de muy grandes merecimientos'. Entre las revistas extranjeras que han publicado elogiosos comentarios acerca del Boletín del Instituto Caro y Cuervo son de recordar especialmente 'Classical Philology', de la Universidad de Chicago, 'Bulletin of Spanish Studies', de la Universidad de Liverpool, 'Revista de Indias', del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, y el 'Boletín de la Academia Nacional de Letras' de Montevideo, que ha saludado la aparición del Boletín del Instituto Caro y Cuervo como un 'acontecimiento literario' que 'constituye un irrecusable testimonio de la altura eminente que han alcanzado en Colombia los estudios literarios y lingüísticos'. Sobre la Canción a las ruinas de Itálica se han escrito también elogiosos comentarios y juicios muy honrosos. No es posible citarlos todos. Vea Ud. este de Alvaro D'Ors, que escribe en Santiago (España):

'... Agradezco a Ud. el envío de su edición de la interesante obra de M. A. Caro, cuya erudición humanística me ha deleitado muchísimo. Noble comentarador de la noble 'Canción'! Esta edición es índice admirable del nivel de los estudios clásicos en Colombia, por lo que le felicito muy cordialmente'.

—De propósito no he querido mostrarle juicios de nuestros compatriotas. Tanto las obras publicadas por nuestro Instituto como cada uno de los números del Boletín han sido acogidos con grande aplauso en toda la prensa del país, y todos los que en Colombia cultivan las humanidades se han dado cuenta de la extraordinaria labor que está llevando adelante el Instituto Caro y Cuervo. Ha sido pues magnífica la iniciativa del Gobierno de crear y sostener un Instituto que mantenga el buen nombre que Colombia tiene conquistado en el campo de los estudios humanistas. Lo que importa ahora es que los jóvenes dedicados a esta tarea no se cansen, porque, verdaderamente, el trabajo filológico es extraordinariamente monótono, y se necesita una vocación especial para que uno pueda congregarse a él. Si nuestros compatriotas siguen estimulando a los colaboradores del Instituto y mostrando que al menos comprenden el esfuerzo que en él se hace, no dudo que todos ellos preservarán en estudios tan áridos, dejarán abierto el camino a los que vengan después con tan abnegada vocación, y sostendrán así la gloriosa tradición colombiana en estos estudios desinteresados.

Bogotá, septiembre de 1947

EL "INSTITUTO CARO Y CUERVO"

Ejemplar, ya me lo parece todo, en el "Instituto Caro y Cuervo", que en Colombia sostienen los poderes públicos; desde la generosidad del título, con que se patrocina, — no separando por tiquis-miquis anecdóticos lo que la gloria conjugó —, hasta la otra generosidad, que entonces se llama humanismo, con que sus publicaciones extienden, sin perjuicio de una especialización científica rigurosa, el concepto de lo filológico a las regiones teóricas más puras... Pero, donde la ejemplaridad se aprecia a primera vista y de golpe, es en presencia de su "Boletín". A punto de que, en ciertos capítulos, nos diera algún académico reconcomio el ver cómo, desde tan lejos, se nos adelanta la justicia en poner a la altura de su entidad la gran obra, que entre nosotros Antonio Tovar está cumpliendo, con libros de la calidad de su manual "Lingüística y Filología clásica", — tal vez único en lo de poderse recomendar como texto a estudiantes españoles —, o de esta admirable "Vida de Sócrates", — lo más importante que, hasta donde a mi juicio alcanza información y libertad, ha salido de tórculos españoles, en los últimos tiempos —. El Glosario, por cierto, se debe a su elogio. Sólo el temporal imperio de las tres V. — verano, vacaciones, viajes —, explica sin absolverla, mi tardanza.

Pero, volvamos al Instituto Caro y Cuervo. No es para maravillarnos el resplandor de esta lámpara de adoración perpetua al castellano, que mantiene encendida Colombia, no sólo en la vivaz perma-

nencia del uso fiel, sino en el esfuerzo castigador del vigilante cultivo? Todavía, si aquí las perfecciones no representaran más que paros, de la índole de aquel que hace tan sabrosa y tan anacrónica a la vez el habla de los safarditas, el fenómeno cultural de fidelidad semejante nos diera agrado sin darnos ejemplo. Pero, no. Aquí la herencia se nutre de ciencia; la tradición se recrea en la hazaña... Y, cuando, así en el cuaderno del "Boletín" que tengo a la vista, se rompe una erudita lanza en favor de la legitimidad española del "infinitivus consilii" (en locuciones como "camino a seguir", "trabajo a realizar"), las razones alegadas no son las de un empleo vernacular más o menos difuso. Sino — muy lejanamente, en orden a la nobleza — las del deber sabio de una reintegración continua del castellano al latín; por modo que la consciente y sana arbitrariedad en el cultivo de las lenguas romances no se proponga acentuar sus particularidades y diferencias; antes bien, cuando y hasta donde sea posible, la superposición de sus rasgos comunes. "La base latina, que haya cimentado las construcciones del *infinitivo final* en italiano o en francés, o en portugués, no podrá, justamente al menos, ser excluida para cimentar las construcciones similares en nuestra lengua española", dice D. Pedro U. González de la Calle. Con supuestos análogos, le ha acontecido a mi irritación, más de una vez, el gritarle a tal o cual tipógrafo de Francia, obstinado en el consabido "Ce n'est pas du français!", que tanta sangre nos cuesta: "Pero, señor mío, cuanto es latín es francés, o acabará siéndolo!".

Añadiré, para evitar marginales interpretaciones torcidas, que a mí, personalmente el empleo del "infinitivus consilii" me da tres patadas. Pero esto no importa. Lo importante es recoger la ejemplaridad del carácter de las tareas filológicas y lingüísticas del Instituto Caro y Cuervo. Lo importante es rendir, a este fenómeno de clasicismo idiomático en Colombia, a la vez que la expresión de nuestra maravilla el tributo de nuestro homenaje.

EUGENIO D'ORS

Tomado de *Novísimo Glosario en Arriba* de Madrid, de 23 de octubre de 1947.

OBRAS INEDITAS

RUFINO JOSE CUERVO, *Obras inéditas*. Editadas por el P. Félix Restrepo, S. J. (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, tomo I). Bogotá, Editorial Voluntad, 1944, xciv-492 págs.

En el prólogo de esta obra, manifestación de un gran saber y una voluntad titánica, el reverendo padre, Félix Restrepo explica los orígenes de la publicación y el significado de cada una de sus partes. Aunque el libro se compone de fragmentos de una obra acari-

ciada en perspectiva por el señor Caro, cada una de sus partes tiene valor en sí y alguna de ellas como la relativa a las modificaciones fonéticas del castellano en América y las reglas y causas de estas transformaciones en relación con los distintos modos de pronunciar en la península es un trabajo casi completo. Asombra la riqueza y oportunidad de datos acumulados por el autor para dar fundamento a sus observaciones y para hacer palpables las leyes generales de la transformación de los sonidos vocales y consonantes en un campo tan vasto y en tantos siglos de acción del tiempo sobre un flexible idioma. Cuervo ha extendido su visión sobre todo un continente y ha seguido los cambios del idioma en una abundante colección de obras, no sólo de novelistas, poetas, escritores públicos de la población española de América, sino también de los que por acá han escrito sobre filología y preceptiva con más o menos autoridad y equipo glosológico.

La tenacidad del propósito es tan admirable como la realización porque el señor Cuervo trabajaba casi enteramente solo en el desempeño de una empresa que requería una colaboración asidua y competente de muchos años. Esta clase de obras no deben ser empeño de un solo hombre; pero parece que la naturaleza de su composición estimula el individualismo. Muchos de los trabajos de este género desde los tiempos antiguos son obra de una sola persona. El diccionario latino-español y español-latino de Nebrija, publicado en 1492 y 1495; el poligloto de Ambrosio Calepino, de 1502, tan citado en su tiempo y aun en nuestros días por latinistas de varias latitudes, los de Johnson de la lengua inglesa y el de Webster del inglés hablado en los Estados Unidos, el francés de Littré que con ser obra de un médico es autoridad entre filólogos fueron obra de un solo individuo. En nuestros días es difícil para persona aislada llevar a cabo trabajos de tanta extensión, para preparar los cuales viene siendo preciso consultar no sólo muchos libros sino ponerse en contacto directo en lo posible con las gentes de varias regiones y países. Kristofer Nyrop, autor de la monumental *Grammaire historique de la langue française*, romanista de gran saber y de reconocida autoridad en Dinamarca, su patria, y en todas partes donde se estudia la filología románica, tuvo necesidad de colaboradores para llevar a cabo este propósito de su vida, y sin ellos no hubiera podido cumplirlo ya que perdió la vista mientras trabajaba en realizarlo.

Hoy estas obras son por lo general resultado de la colaboración de varias personas dirigidas por un pequeño grupo de especialistas cuyas instrucciones hacen ley en el empeño. A veces este grupo se dirige a todo un pueblo como es el caso del diccionario danés emprendido por una corta asociación de filólogos regida por una mujer. Para hacer este diccionario los directores del trabajo apelaron a la colaboración de cuantos daneses aman su lengua para que no faltase

en ese catálogo de las palabras usuales en esa lengua ninguna de las que el pueblo conoce y entiende.

Se trata, apelando a tan extensa colaboración de terminar pronto la obra, pues las palabras nacen y mueren y el objeto de estas obras es dar a conocer el idioma en un momento dado. No solamente envejecen las palabras, sino también los principios sobre los cuales se emprende el trabajo. Le decía en 1916 al autor de estas líneas su amigo, Mr. Humphrey Mitford, Director de las prensas de la universidad de Oxford y editor con excelentes colaboradores del *Nuevo diccionario inglés (New English Dictionary)* obra empezada en 1884 y terminada en 1925, que se presentaba para los editores un serio problema en la redacción de los últimos tomos del diccionario: los principios de la ciencia filológica a que se habían atenido en los primeros tomos habían sufrido modificaciones sustanciales en los últimos años, de modo que muchas ideas promulgadas en los primeros pasos del diccionario eran olvidadas o contradichas en la redacción de muchos artículos de los últimos volúmenes. En todas las ciencias ha habido modos de pensar nuevos y la filología no ha escapado a este influjo de los estudios sobre la mente humana.

Algunos observadores leyendo las últimas ediciones de las *Apuntaciones críticas* imaginaron que el criterio gramatical del señor Cuervo se había modificado, ampliándose en el sentido de una mayor liberalidad y condescendencia con las llamadas faltas del lenguaje. En rigor el severo criterio del experto filólogo no había cambiado pero se había difundido su visión por nuevos campos de estudio y lo que parecía mayor tolerancia no era sino más extenso conocimiento.

Por estas razones tal vez concibió la idea de darle a su libro de las *Apuntaciones* nueva orientación añadiéndole nuevos capítulos y cambiando tal vez todo el plan de la obra. Parece que en vista de la fama lograda por tan sabio tratado y, sin duda, convencido de que era necesario hacer una excursión glosológica por todos los países de lengua española, don Rufino dejó las *Apuntaciones* donde estaban en la edición 5ª y pensó en lanzarse a cumplir la nueva y necesaria obra acariciada por su generoso espíritu.

Los capítulos y fragmentos que aparecen en el libro publicado por el Instituto Caro y Cuervo forman parte de la obra a que pensaba dedicar su tiempo, sus vastos conocimientos y su amor a la ciencia filológica el autor del *Diccionario de régimen*.

Y aquí vuelve a presentarse la singularidad del carácter del señor Cuervo: el austero individualismo. Tenía poca fe en los hombres, o tal vez su experiencia le enseñaba que en el campo de los estudios gramaticales de lengua española es muy escaso el número de las gentes que pudieran o quisieran prestar útilmente esa cooperación. Los dos volúmenes del *Diccionario de régimen* compilados y dados a luz por una sola persona, al mismo tiempo en que preparaba nuc-

vas ediciones de su primera obra y realizaba trabajos en otros campos de la filología, sin olvidar la obra que pensaba cumplir sobre el castellano en América hacen pensar en lo inverosímil. Pero en don Rufino el sentimiento individualista predominaba sobre su carácter.

Se cuenta, y no sé si la especie tiene fundamento en la realidad, que alguna vez le fue ofrecido oficialmente al señor Cuervo un auxilio en moneda contante para darle un estímulo en sus trabajos, presentarle una prueba de la admiración con que el país miraba su obra y facilitarle la adquisición de auxiliares en las complicadas tareas de su predilección. Corre la especie de que el sabio rehusó de plano la oferta de sus obsequiosos admiradores. Tal era su carácter y seguramente la respuesta estaba también dictada por el conocimiento que tenía de las dificultades que podrían encontrarse para lograr idónea cooperación.

No obstante el carácter fragmentario de los trabajos publicados por el Instituto Caro y Cuervo su divulgación es de utilidad recomendable. El tratado sobre fonética es casi completo y enteramente original en su campo. La fonología ha avanzado considerablemente en los últimos años, y don Rufino, provisto de todas las conquistas de la ciencia en ese curioso y fascinador ramo de la glotología, paseó en espíritu su perspicacia y su capacidad lógica por todos los países de la América Española anotando las modificaciones de los sonidos con gran precisión y clarividencia. De hoy en adelante quienquiera que emprenda un trabajo sobre esta materia tendrá a la vista un dechado valiosísimo y un guía certero en sus investigaciones.

El plan seguido en este trabajo es en un todo moderno y en gran parte se desvía del método y criterio usados en las *Apuntaciones*. A pesar de la abundancia de conocimiento y del caudal de principios conquistados por Cuervo en sus últimos estudios las *Apuntaciones* datan un poco, por insistir todavía en ellas el autor en la corrección del lenguaje. La filología aprecia esas divergencias en el uso adoptadas por el pueblo y las estudia con esmero, porque en ellas suele encontrar el investigador señales de rumbos generales en la evolución de las lenguas o testimonio curioso de como se cumplen las leyes descubiertas fonológicamente antes de ahora escudriñando el nuestro y otros idiomas. Así dice Henry Cecil Wyld, experto profesor en estas materias: "Apenas hay, en efecto, quien altere su manera de hablar, porque una gramática le diga que su forma de decir es equivocada y que hay otra manera correcta de expresarse. Eso sería, en verdad, colocar la carreta delante del caballo. Un libro de gramática no trata de enseñar a las gentes como "deben" hablar, sino, al contrario, a menos que este libro sea muy malo o muy viejo, simplemente expone, prácticamente, la manera como cierta gente habla en el momento en que fue escrito" (*Elementary Lessons in English Grammar*. pág. 11).

Así, por ejemplo, dice el señor Cuervo en el párrafo 487 de las

Apuntaciones, edición quinta: "No habiendo sustantivo que corresponda al verbo "constar" en el sentido que lleva en "No consta en el acta su presencia", "Es menester que conste tan grave acontecimiento", sin necesidad aplicamos al efecto en América la voz "constancia" cosa no conocida en castellano: "No hay constancia", "Es menester dejar constancia". No puede afirmarse que no haya necesidad de un modo de decir usado por ochenta millones de personas desde México hasta la República Argentina. Y aunque no fuera cosa conocida en castellano, que sí lo era, pues lo que se habla en América es esa lengua, la necesidad era manifiesta. Tanto es así que el *Diccionario de la Academia*, edición décimasexta admite el sustantivo "constancia" ya en el sentido de "certeza, exactitud de algún hecho o dicho".

Terminemos estas breves observaciones diciendo que merecen aplauso los miembros del Instituto por la publicación de estos interesantes trabajos y muy especialmente el Padre Restrepo, por el cuidado que ha puesto en la recolección y ordenación de los "membra disjecta", para darnos un trabajo que, fragmentario y todo, da testimonio del gran talento y nativa solercia del autor, y a un mismo tiempo será de grande utilidad para los investigadores en esta rama de los conocimientos humanos.

B. SANIN CANO

(En *El Tiempo*, Bogotá, 30 de marzo de 1947).

El P. Félix Restrepo, que revisó durante varios meses el archivo personal de Cuervo con el fin de cumplir el encargo — junto con don Pedro Urbano González de la Calle — de terminar la publicación del *Diccionario de construcción y régimen*, descubrió una serie de manuscritos, unos enteramente inéditos, otros reelaboración y ampliación de trabajos anteriores. Ha reunido en este volumen tres de los trabajos más extensos y ha dejado otros, más breves o fragmentarios, para irlos publicando en el *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*. Esos tres trabajos grandes son los siguientes:

I. *Castellano popular y castellano literario* (págs. 1-318). Hacia 1892 Cuervo empezó esta obra, en la que quería mostrar la evolución del castellano en sus anchos dominios. Pensaba incorporar a ella íntegramente sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, refundiendo los materiales, dándoles amplitud hispánica general y englobándolos en un cuerpo de doctrina sistemática. Iba a abarcar la Fonética, la Analogía, la Semasiología y el Léxico del castellano popular y literario. En 1905, cuando Cuervo se decidió, por instancias de sus amigos, a reeditar las *Apuntaciones*, anunció en el prólogo que la obra estaba muy adelantada. Pero unos años después, al emprender la 6ª edición, parece que ya la había abandonado del todo, porque mu-

tiló sus originales para enriquecer nuevamente las *Apuntaciones*. El mismo prólogo que había preparado para esa 6ª edición (por haber quedado extraviado no se incluyó hasta la 7ª), en el cual elaboró y refundió los prólogos anteriores de la obra junto con el prólogo al *Diccionario de costarrriqueñismos* de Gagini y su famosa polémica con Valera, estaba pensado como prólogo de esa obra nueva. Su proyecto se malogró. Al abandonarlo se reconcilió con la obra de su juventud. Mientras corregía la 6ª edición, en París, falleció. Su *Castellano popular y castellano literario* parecía enteramente perdido.

Gracias al celo del P. Restrepo, tenemos hoy una parte importante de la obra. Cuervo había terminado la Fonética, que se conserva casi íntegra (aun las partes fragmentarias se podrían reconstruir con ayuda de las *Apuntaciones*). De analogía, semasiología y lexicología no quedó nada. Seguramente no llegó a empezarlas.

La parte conservada constituye un tratado de fonética general y de fonética descriptiva e histórica del español. Cuervo quiso hacer un manual, con carácter didáctico. "Al objeto primordial de esta obra — dice — que es facilitar a los estudiosos la comparación entre el habla de su comarca y la lengua literaria actual, se allega el intento de vulgarizar algunas nociones sobre la vida y la evolución del lenguaje que hoy no es lícito ignorar, y que en cierto modo complementan y rectifican la doctrina añeja y deficientísima de la gramática tradicional" (pág. 5). Como se ve, no abandonó en ningún momento su vieja preocupación docente.

En primer lugar resumió los trabajos de Sweet, Sievers, Passy y Storm, los fonetistas de su tiempo. Mucho de ello ha envejecido ya y la terminología ha cambiado bastante, pero hay que juzgar la obra de Cuervo según el momento en que se escribió y no según la ciencia de hoy. La parte fundamental la constituye el estudio de los cambios fonéticos. Lo que en las *Apuntaciones* abarca menos de sesenta páginas (560-618 de la 7ª edición) llena en esta obra doscientas (43-242). Y aunque trató de incorporar a ella la evolución de los sonidos latinos en su paso al español, lo fundamental es el estudio de los cambios dialectales, que documenta abundantemente en las distintas regiones de España y América. Claro que a veces, por acumular materiales, tuvo que utilizar trabajos deficientes, como el del ilustre egiptólogo Maspero, que cuenta entre sus pecados de juventud con un estudio sobre el habla gauchesca. En esta parte es donde Cuervo volcó todos los materiales de las *Apuntaciones*, a veces al pie de la letra (por ejemplo el § 756 en las págs. 61-62), pero más frecuentemente agregando una inmensa cantidad de nuevas noticias históricas y geográficas.

Cuervo quiso interpretar esos cambios, pero tenemos que decir, con la inalterable devoción y el respeto que nos merece toda su obra, que no llegó a renovar enteramente su ciencia vieja. A veces, al ha-

blar de evolución fonética, se ve que piensa más en letras que en sonidos (en la pág. 90 dice, por ejemplo, que el vasco carecía de la letra *f*). Todavía usa a veces como causas de un cambio los tan socorridos en otros tiempos "aligerar la pronunciación", "hacer más fluída la pronunciación". Los conceptos de asimilación y disimilación los prodiga enteramente a la antigua, aunque alcanzó a conocer los trabajos de Grammont y trató al final de sistematizar de nuevo sus materiales de acuerdo con ellos: así, en las págs. 203-242, ejemplifica con materiales españoles las "leyes" de Grammont, como hizo mucho más tarde don Pedro Henríquez Ureña en nuestra *BDH*, IV, 344-379 (basándose en los trabajos posteriores del fonetista francés). Se ve que Cuervo llegó a vislumbrar una manera nueva de explicar una serie de cambios lingüísticos, pero no llegó a hacerla enteramente suya. Quizá ello haya contribuido a su desencanto y le haya inducido a abandonar la empresa, como abandonó, en la plenitud de su vida, también por desencanto, la continuación del *Diccionario de construcción y régimen*.

II. *Segundas personas del plural* (págs. 319-350). Su viejo artículo de *Romania*, de 1893, lo rehizo en parte, y lo amplió con abundante documentación nueva, histórica (por ejemplo sobre las formas *querés*, *perdés*, *hacés*, *cuidás*, *tengás*, *sos*, etc. que documenta abundantemente desde el siglo xv) y geográfica, especialmente documentación dialectal americana. Este valiosísimo trabajo de Cuervo queda así duplicado en su extensión y notablemente enriquecido en sus materiales.

III. *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas* (págs. 351-492). Este trabajo, que era uno de los estudios fundamentales de Cuervo, está completamente rehecho. Sacó de él la parte segunda, que trataba de los grupos cultos, y la incorporó íntegramente a su *Castellano popular y castellano literario* (págs. 131-158). El trabajo queda así reducido al estudio de la ortografía y pronunciación que tenían en la lengua antigua y clásica las parejas *b-v*, *x-z*, *s-ss*, *x-j* (o *g*), es decir, los sonidos que en el curso del siglo xvi y comienzos del xvii sufrieron una serie de transformaciones que señalan el paso de la lengua clásica a la lengua moderna.

Si ha reducido la materia tratada, ha ampliado en cambio la documentación, haciendo intervenir, para la reconstrucción de la pronunciación antigua, una serie de testimonios nuevos. Esa mayor riqueza de documentación, ¿le lleva a una reconstrucción más acertada? En su viejo trabajo de la *Revue Hispanique* llegaba a la conclusión de que la *ç* y la *z* antiguas estaban en la relación de *ts* a *ds*, es decir que la *ç* era una africada sorda y la *z* una africada sonora. En su nueva elaboración, conducido quizá por los reparos que le puso en su tiempo don Ramón Menéndez Pidal, cambia enteramente la idea: "la *ç* tenía el valor de *s* enfática, formada en los alvéolos hacia la raíz de los dientes por el dorso de la lengua" (págs. 434-435); la *ç* y la *z* "estaban en la relación de una fricativa sorda a

una fricativa sonora" (pág. 443); ...la *ç* antigua "se pronuncia con toda su fuerza... y en su duración equivale a media *z*: ...ésta va acompañada de un zumbido o ruido que hace cosquillas, saliendo al aire con más suavidad y dulzura que en la otra, más blanda y amorosamente, como si fuese una *ç* blanda y comedida" (págs. 446-447); "la *ç* antigua sólo se diferenciaba de la actual en haberse convertido de alveolar en dental" (pág. 450).

Ahora bien, Menéndez Pidal ha acabado por renunciar a sus reparos al carácter africado de las antiguas *ç* y *z* (*Gramática histórica*, 6ª ed., Madrid, 1941, § 35 bis). Además, la rectificación tardía de Cuervo resulta tanto más injustificada cuanto que algún nuevo testimonio que ahora aduce, como el de Trissino, deja fuera de duda la equivalencia de la *ç* y *z* castellanas con las dos clases de *z* (africadas) del italiano, una sorda y otra sonora. Sobre la pronunciación española del siglo XVI se encuentra ya en prensa un estudio de Amado Alonso en el cual se abordan éstas y otras cuestiones.

Si hemos lamentado la pésima edición que se hizo en Bogotá de las *Disquisiciones filológicas* de Cuervo, esta edición de las *Obras inéditas*, decorosa, limpia y hecha con todo el despliegue tipográfico, sin ahorrar signos griegos, hebreos y árabes, hace honor a las artes gráficas de Colombia y constituye un desagravio. Don Pedro Urbano González de la Calle confeccionó la bibliografía de *Castellano popular y castellano literario*, que Cuervo no llegó a hacer, y a través de las citas abreviadas o fragmentarias y del conocimiento de la biblioteca de Cuervo, que pasó a la Biblioteca Nacional de Bogotá, y de otras bibliotecas, logró identificar casi todas las obras. Esa bibliografía sirve también como bibliografía de las *Apuntaciones*. Sin duda hubiera sido igualmente conveniente un índice de formas, como el que Cuervo ponía al final de las *Apuntaciones*, con lo cual se habría multiplicado la utilidad de la obra como instrumento de consulta.

En conjunto, este tomo de Cuervo enriquece la enorme obra del gran filólogo colombiano y constituye una nueva aportación — valiosísima, como todas las suyas — a los estudios de filología española. Bienvenidos estos trabajos inéditos, y también los que han comenzado a publicarse en el *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*.

ANGEL ROSENBLAT

(En *Revista de Filología Hispánica*, Buenos Aires-Nueva York, tomo VII, núm. 4, 1945, págs. 395-398).

Sin duda es justo que Menéndez y Pelayo dijese que don Rufino J. Cuervo era el filólogo más insigne que el mundo de habla española había producido en su siglo, pero esto no equivale a afirmar que Cuervo sea la figura más conspicua de las letras colombianas, ya que la Literatura del país vecino tiene un puesto destacado entre las del Continente por su riqueza y variedad de autores, obras y géneros, y Cuervo "no impresiona como literato" (Arango Ferrer), es decir, como inventor de figuras y mitos, como artista creador. Es eminente en cuanto hombre de Ciencia, investigador precoz en una Ciencia joven, siquiera esta Ciencia sea Ciencia del lenguaje. En este sentido, y como dice el propio Arango, Cuervo es, "como el sabio Francisco José de Caldas una figura desproporcionada a los naturales ritmos de nuestra entidad como pueblo".

El Padre Restrepo, Director del Instituto Caro y Cuervo, bajo el patrocinio oficial, ha publicado ahora tres importantes trabajos de don Rufino J. Cuervo bajo el título general de *Obras inéditas*. A su vez, el padre Restrepo es un sabio especialista en las disciplinas mismas en que Cuervo fue un investigador de dotes excepcionales y profundo conocedor de la obra de Caro y Cuervo, sus antecesores. El método de las ciencias del Lenguaje ha variado. Sabido es cómo Vossler y sus continuadores Alonso, Lida, Terracini y otros consideran el método histórico-comparativo a que la investigación de Cuervo quedó adscrita como un método superado por la nueva Filología. Pero las positivas aportaciones del autor de las *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano* quedan como solidísimas conquistas de un investigador genial. Cuervo trabajó constantemente sobre su obra *Castellano popular y castellano literario* durante toda su etapa de investigador, pero al fin la obra quedó inédita, habiendo sido considerada por Lenz, que la conocía privadamente, como el eje de la revolución filológica en América. Ahora, dice el Padre Restrepo, la entregamos a la admiración de los filólogos. En efecto, constituye uno de los tres trabajos contenidos en este volumen de *Obras inéditas*. El prologuista añade: "El dominio de la materia que muestra Cuervo es verdaderamente extraordinario. Pero lo más sorprendente es el hecho que Cuervo deja firmemente comprobado, de que las desviaciones de la lengua popular con relación a la literaria, que hasta ahora venían dominándose barbarismos, habla vulgar, lenguaje de los indios o de otras maneras todas despectivas, no son sino la continuación de las leyes fonéticas que dieron nacimiento al castellano actual. Sólo la acción literaria ha logrado contener esa tendencia popular y cristalizar el castellano literario".

Los otros dos trabajos de Cuervo incluidos en este volumen no eran inéditos en su totalidad, sino que habían sido publicados en revistas europeas de fines del siglo XIX parcialmente. Se titulan *Las segundas personas del plural en la conjugación castellana* y *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas*.

Sumamente meritoria es la labor emprendida por el Instituto Caro y Cuervo y de ello es buena prueba la publicación del volumen a que hoy nos referimos. Constituye un legítimo homenaje a la memoria gloriosa del filólogo colombiano Cuervo, que con ocasión del centenario primero de su nacimiento se ha ofrecido tan brillante y oportunamente.

J. S. T.

Neste primeiro volume de Inéditos, de quase 600 páginas, publicam-se três obras: *Castellano popular y castellano literario*, *Las segundas personas de plural en la conjugación castellana*, e *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas*.

A primeira nunca havia sido publicada; a segunda e a terceira eram já conhecidas, mas agora surgem como se fossem novas, visto que o próprio Autor as refundiu completamente e ampliou.

A primeira está dividida em quatro partes, com a seguinte distribuição de matérias:

Parte Primera. Fonética: I Doctrina. II — Alteración fonética: A. Espontánea, B. Combinatoria. III — Acento. IV — Diptongación. V — Cómputo silábico de vocales concurrentes.

Parte Segunda. Analogía: I — Doctrina. II — Su acción en la forma material de las palabras. III — En la morfología: A. en el género, B. en el número, C. en la conjugación, D. en la derivación y composición. IV — En las acepciones, frases y construcciones.

Parte Tercera. Semasiología: I — Doctrina. II — Metáfora. III — Generalización. IV — Especificación.

Parte Cuarta. Vocabulario: I — Voces arcaicas. II — Voces provinciales. III — Voces indígenas.

Esta obra, que só agora se publica pela primeira vez, já estava muito adiantada em 1905, segundo diz o próprio Autor (Cf. *Introducción*, p. VIII). Chamo a atenção para este facto e para o do Autor haver falecido em 1911, para que a crítica se nao esqueça de que nao está em presença de um trabalho de 1944, mas sim de entre 1905 e 1911. Dessa data para cá, alguma coisa progrediu a ciência filológica.

Uma crítica minuciosa deste trabalho de Cuervo é impossível na resenha bibliográfica de uma revista como esta: o estilo de Cuervo é compacto e a matéria que ele trata é de tal natureza, que se nao pode fazer uma crítica rigorosa em poucas linhas.

Limito-me por isso a dizer que estes Inéditos de Cuervo sao obra de verdadeira ciência filológica, que importa ler com cuidado e meditar com ponderação.

R. DE S. N.

Three works by the distinguished Colombian scholar who was the first to apply the methods of modern philology to the scientific study of Spanish are contained in this book. The first work, by far the most extensive, consists of fragments of a book in which Cuervo had intended to rearrange his "Critical Notes on the Language of Bogotá". Having decided not to give up the title and plan of a work which had already achieved justly merited fame, he chose rather to add to it in new editions all the material it could hold, leaving the rest unpublished. This is what Fr. Restrepo now publishes under the title of "Popular and Literary Spanish", which was the title Cuervo had proposed using for his rearrangement. As it reaches us now, it is an ample demonstration of the way in which the same phonetic tendencies which determined the structure of Spanish at the time of its origins continue to operate in the language spoken by the people, in Spanish America as well as in Spain. This happens in spite of the fact that, in the majority of cases, the literary language, by the mere fact of its being fixed and having felt the reactionary influence of Latinization, has interrupted certain processes or has restored certain forms which had already reached an advanced stage of their evolution.

This creates a kind of opposition between the popular and the literary language. To-day we consider that it is the literary language that will prevail, but forty years ago philologists thought that the key to the future was to be found in the popular forms. This fundamental difference between the attitude of Cuervo and our own leads him to minimize the importance of learned influence on the development of the language, but it also makes him gather with loving care all the dialectal phonetic varieties which exist in the Hispanic world. In doing so he shows a knowledge of the literary and spoken language such as few have possessed. The only thing to be regretted is that, because Cuervo has studied the different dialects in the written works of regional authors and not at first hand and using present-day technique, his work loses in accuracy what it gains in geographical scope. It is also a pity that in localizing the different phenomena of American Spanish he proceeds by countries and not according to the regions of each country, sometimes so different one from another. In spite of this Cuervo's work remains, up to the present, the best comprehensive work on the subject. Special mention must be made of the bibliography, which has been composed by the Spanish scholar Professor González de la Calle from the references in Cuervo's text.

The other two works in the book had previously been printed a long time ago, the first in *Romania* and the second in the *Revue Hispanique*. The versions which Fr. Restrepo gives us here are, however, much fuller owing to the fact that he has been able to make use of the author's own additions. It may be said that the "Study of the Second Person Plural in Spanish Conjugations" is exhaustive and

that the "Comments on the old Spelling and Pronunciation of Spanish" constitute the basis of all studies to be done on the Phonetic History of Spanish. In both these studies we must admire the extent and depth of the author's erudition and the strictly scientific accuracy with which he assembles and makes use of his material.

(En *The Times Literary Supplement*, Saturday February 9, 1946).

De todos es conocido Rufino J. Cuervo, como filólogo, por su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, que no pudo ver terminado, y que es un monumento literario de primer orden, que aún hoy día tiene su mérito. Escribió mucho y con acierto de la lengua castellana, lo que fue publicando según iba escribiendo, pero no todos los trabajos del sabio fueron publicados en vida de éste, pues dejó inédito inmenso caudal literario digno de todo aprecio sobre multitud de cuestiones de lengua española, de la que fue amante y entusiasta a lo Cervantes y Fray Luis de León.

Todo ese tesoro sepultado en el olvido y expuesto a perderse, fue estudiado en estos últimos años por el P. Restrepo y publicado por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá. Tiene la obra una amplitud de 498 págs. repletas de savia castellana.

Contiene el trabajo de Cuervo, titulado *Castellano popular y castellano literario*: La Fonética, tanto general como particular, que él maneja y explica con perfección. En el capítulo tercero, estudia críticamente el acento con sus evoluciones progresivas. Pasa después a los diptongos y cómputo silábico de las vocales consecutivas. Completan esta exposición filológica, dos apartados extensos, sobre: *Las segundas personas del plural en la conjugación castellana* y *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellana*.

Se trata de una obra de máximo interés para los amantes de las letras. Tiene una encuadernación resistente, en tela, de elegante presentación.

B. DIEZ

(En *La Ciudad de Dios*, Madrid, vol. CLVII, pág. 588).

De la búsqueda afanosa en los manuscritos y papeles dejados por el ilustre filólogo colombiano D. Rufino J. Cuervo, realizada meticolosamente por el profesor P. Félix Restrepo, director del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, se consiguió extraer y se publican ahora en el volumen que analizamos en estas breves notas, un trabajo que se creyó perdido del eminente Cuervo: *Castellano popular y castellano literario*, y otros dos trabajos ya publicados, pero que se reim-

primen ahora refundidos y ampliados: *Las segundas personas de plural en la conjugación castellana* y *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas*.

El *castellano popular y el castellano literario*, es, en concepto del prof. Restrepo, la obra más importante de Cuervo, no obstante ser autor además de las obras de fondo siguientes: *Diccionario*, *Apuntaciones*, *Gramática latina* y *Notas a la Gramática de Bello*.

El autor de estas compilaciones hace preceder a las mismas de una Bibliografía general de la obra realmente interesante y asaz completa, demostrando esta copiosa guía la vastedad de la erudición del famoso filólogo americano.

Castellano popular y castellano literario, de pág. 1 a 318, trata de la Fonética, en primer término, de la alteración fonética, en segundo, en que figura un extenso examen de las modificaciones fónicas sufridas por el latín a través del romance para llegar a ser el castellano popular, y finalmente un estudio sobre la acentuación, otro sobre la diptongación y otro sobre el cómputo silábico de las vocales consecutivas.

Los fundamentos de este voluminoso trabajo y el rico acervo bibliográfico en que descansa sólidamente, hacen de esta obra un trabajo magistral que deberá consultar siempre el que desee penetrar y escudriñar los secretos del idioma. Es, en realidad, una obra básica de la lengua española.

Igualmente eruditas son las obras que siguen: *Las segundas personas del plural y la antigua ortografía y pronunciación*. Son fundamentales igualmente estas obras para el estudio de la gramática histórica española, para comprender la realidad idiomática actual a través de la evolución lingüística y extraer consecuencias incontrastables para la buena ortografía y pronunciación de las voces hispanas que empleamos hoy.

Valiosa colaboración ha prestado, pues, a la ciencia filológica y a la gloria del ilustre maestro colombiano, el profesor Félix Restrepo, conspicuo director del Instituto Caro y Cuervo.

(En *Boletín de Filología*, Montevideo, tomo IV, núms. 25-26-27, marzo-junio-septiembre 1944, págs. 154-155).

Boletín del Instituto Caro y Cuervo

Hace ya más de medio siglo, allá por el mes de marzo de 1895, hizo su aparición en Montevideo la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, que con Rodó, Pérez Petit y mi hermano Daniel redactamos y dirigimos, con la colaboración de prestigiosos escritores nacionales y extranjeros. La prensa en general se mostró sumamente benévola con la flamante publicación a cuyo frente figuraban cuatro jóvenes casi completamente desconocidos. Y un diario de la capital tuvo la genti-

leza, para nosotros inolvidable, de calificar de "acontecimiento literario" la desinteresada empresa. La frase asoma a los puntos de la pluma — esta vez con plenísima razón — al dar cuenta a mis lectores de que en la cultísima Santafé de Bogotá ha visto la luz pública el *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, bajo la eminente dirección del padre jesuita Félix Restrepo, con las siguientes finalidades: Continuar el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* que dejó empezado el insigne filólogo colombiano Rufino José Cuervo, estudiar las lenguas y dialectos de las civilizaciones aborígenes de Colombia y cultivar y difundir los estudios filológicos. Afirmo, pues, con profunda convicción, que nos hallamos en presencia de un verdadero acontecimiento literario, al que contribuyen con sus aportaciones ilustres cultores de las letras. He visto hasta el tercer número, el último llegado a mis manos, y acerca de ellos deseo verter mi humilde opinión, que se sintetiza en la frase memorable que sirve de título a las presentes líneas.

Figura en la publicación, como colaborador técnico, don Pedro Urbano González de la Calle; en carácter de Investigador de Lingüística Colombiana, don Manuel José Casas Manrique, y como colaboradores del Instituto, don José Manuel Rivas Sacconi, Director del Boletín, don Julián Motta Salas, don Rafael Torres Quintero y don Luis Flórez.

A los nombres de estos conspicuos redactores del *Boletín* se agregan otros de altísima valía en el campo literario y muy especialmente en el ramo de actividades que constituyen su finalidad y su objeto.

Lejos de mi ánimo el examen de esos meritísimos estudios de densa doctrina a que aludo. Basta a mi propósito manifestar que todos los fines perseguidos, desde el trascendente e inmenso de continuar y dar término al nunca suficientemente alabado *Diccionario de construcción y régimen*, como los otros más asequibles de estudiar las lenguas aborígenes de Colombia y cultivar y difundir los estudios filológicos, están contemplados y atendidos en cumplida forma, descontándose desde luego la obtención de las nobles y altas finalidades perseguidas por aquella academia de sabios.

Es de destacar, desde luego, el notabilísimo trabajo intitulado *La vida escondida de Rufino J. Cuervo*, en el cual el Director del Instituto, padre Restrepo, suministra interesantísimos datos relativos a la existencia de aquel hombre realmente excepcional, honra de nuestra raza, a quien "deben hoy volverse las miradas para ver cómo se ama a la patria, cómo se sirve a la ciencia y cómo se aprovecha bien el precioso dón de la vida".

En él consta que en colaboración con su hermano e inseparable compañero Angel, escribió el autor de las *Apuntaciones críticas* un enjundioso estudio, *Recuerdos íntimos*, en el que se lee:

"Cuando fueron expulsados los jesuitas, y los colegios públicos cayeron en increíble postración, resolvió dirigir él mismo (el doctor Cuer-

vo) nuestros estudios y para el efecto encargó a Europa los elementos necesarios. Mientras que perfecciona a Antonio en la jurisprudencia, enseña a Rufino los elementos de la geografía y gramática y da lecciones de historia y literatura a Angel y Nicolás. Era tal la atmósfera de estudio y aplicación que había en la casa, que hasta los criados en sus horas de descanso aprendían a leer, o a escribir y contar, siendo nosotros los maestros.

De ordinario escogía nuestro padre un capítulo del *Quijote* o bien *Gil Blas de Santillana*, dando la preferencia a aquellos pasajes que más enseñan a conocer el mundo y previenen contra los lazos y peligros a que están expuestos los jóvenes al salir a la vida.

Un jovencito, con especiales condiciones de sonámbulo, anunció un día que en una pieza baja de la casa había enterrado un tesoro, y dio todas las señales necesarias para localizarlo. Nuestros estudiantes pusieron con el mayor sigilo manos a la obra de extraerlo. Mas he aquí que por fin el doctor Cuervo cayó en la cuenta de la hazaña que sus hijos iban realizando, y con severo continente los reunió a la orilla de la ya profunda fosa y les dijo con solemnidad: "Hijos míos: este hoyo se va a cegar inmediatamente. Ustedes no deben buscar más tesoro que su propio trabajo".

A las ilustrativas producciones de los colaboradores ya citados se agregan las de muchos otros cultores de las letras y altas autoridades de la lingüística, muchos de ellos de la propia Colombia, que recuerdan la justicia con que el ilustre humanista Juan C. García defiende la intelectualidad de su país, afirmando: "Hace pocos días alguien escribía que actualmente en Colombia apenas hay simulación de cultura; que muertos Caro, Cuervo y Suárez, quedó agotada la producción de alta cultura en materias de todo linaje". Contra semejante ligera aseveración, agregó, de pone en forma concluyente y definitiva la publicación ejemplar que comento, gloria de las letras hispanoamericanas.

En dos palabras, la aparición del *Boletín del Instituto Caro y Cuervo* constituye un irrecusable testimonio de la altura eminente que han alcanzado en Colombia los estudios literarios y lingüísticos, y con plena razón el doctísimo Ortega Torres ha podido afirmar que "esta Revista puede ponerse sin desdoro al lado de las mejores de su especie en ambos mundos".

CARLOS MARTINEZ VIGIL

(En *Boletín de la Academia Nacional de Letras*, Montevideo, tomo I, número 2, diciembre de 1946, págs. 102-104).

It is a pleasure to welcome this new journal, which is the organ of the Instituto Caro y Cuervo. The Institute, growing out of the earlier Instituto Rufino J. Cuervo, was founded in 1942 by act of the Colombian Congress in commemoration of the centenary anniversary of the birth of the two distinguished Colombian philologist whose names it bears. Its assigned task is the continuation of Cuervo's *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* and the fostering of general philological studies in Colombia. A subsequent act of 1944 established the *Boletín* for the publication of the research of the staff members of the Institute and other scholars. The contents of the first number are: Félix Restrepo, *Para la historia*; Rufino José Cuervo, *Indicaciones para el trabajo crítico y analítico de la Biblioteca de autores españoles*; Félix Restrepo, *La Vida escondida de Rufino J. Cuervo*; Américo Castro, *Antonio de Guevara: un hombre y un estilo del siglo XVI*; Augusto Malaret, *Lexicón de fauna y flora*; Pedro Urbano González de la Calle, *Elio Antonio de Lebrija (Aelius Antonius Nebhrissensis)*. Notas para un bosquejo bibliográfico; Julián Motta Salas, *Vocabulario castellano arcaico*; J. M. Restrepo-Millán, *De la proposición infinitiva*; Jorge Wills Pradilla, *Aporte de Don Rufino José Cuervo al castellano en las Apuntaciones críticas*; Manuel José Forero, *Un personaje francés en el folklore colombiano*. The books reviewed deal with classical, Spanish, and Spanish-American philology; general phonetics and linguistics; Spanish-American lexicography; and literature. There are also sections devoted to reviews of periodicals and news.

S. N. TREVIÑO

University of Chicago.

En *Classical Philology*, enero de 1947).

Admirablemente impreso y con un material selectísimo y especializado, como corresponde a las nobles tareas que adelanta esa entidad, acaba de aparecer bajo la dirección del doctor José Manuel Rivas Sacconi el primer número del *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, como órgano oficial de ese gran centro científico. Patriótico regocijo hemos experimentado con el recibo de esa publicación llamada a prolongar en el tiempo las tradiciones humanísticas de nuestro país, y a llevar a propios y extraños el testimonio de que los estudios filológicos merecen en Colombia más amplia acogida y estimulan esfuerzos victoriosos y fecundos.

Ya era tiempo de que los ejemplos brindados por Caro y Cuervo, y por la clara estirpe de nuestros mejores escritores, fructificaran en un empeño que no sólo sacara a luz mucho de lo que permanece inédito y olvidado, sino que agrupara las energías de varones insignes que a estas supremas manifestaciones de la cultura han consagrado su in-

teligencia y su voluntad. El Instituto Caro y Cuervo es una de las más gallardas iniciativas de los últimos tiempos, y la obra que en la actualidad adelanta, como es la relativa a la continuación del *Diccionario de construcción y régimen* que dejó apenas iniciado el sabio Cuervo, el estudio de las lenguas y dialectos de las civilizaciones aborígenes y el cultivo y la difusión de los estudios filológicos debe ser mostrada como labor que honra por parejo a la república, a quienes la impulsan y sustentan y al estado que le ha ofrecido protección.

Este primer número del *Boletín*, llamado a ser obligada lectura de estudiosos y hombres cultos, contiene una reseña histórica de las tareas del instituto, de que es autor el reverendo padre Félix Restrepo, director de la entidad; un estudio sobre Elio Antonio de Lebrija firmado por el profesor Pedro Urbano González de la Calle, colaborador técnico del instituto, y artículos de fondo suscritos por Américo Castro, Augusto Malaret, Julián Motta Salas, José María Restrepo Millán, Jorge Wills Pradilla y Manuel José Forero, así como una serie de notas bibliográficas del más depurado alcance crítico.

Hacemos llegar al Instituto Caro y Cuervo y al director del *Boletín*, doctor Rivas Sacconi, nuestros parabienes efusivos, por esta noble colaboración al progreso de la cultura de la república.

MANUEL MOSQUERA GARCES

(De *El Pueblo*, Medellín, jueves 10 de mayo de 1945, número 1921, pág. 4).

The second number of this review fully maintains the high standard of the first, particularly in the substantial section devoted to reviews of books, both American and European. First place among the articles is given to a short unpublished paper by Cuervo on the accentuation of Hebrew words in Spanish, after which comes a study on that writer's "Formación general lingüística" by Professor González de la Calle. The main article, very much in the Cuervo tradition, is 'El habla popular en la literatura colombiana' by Luis Flórez.

(En *Bulletin of Spanish Studies*, Liverpool. Institute of Hispanic Studies, vol. XXIII, núm. 91, July 1946, págs. 229-230).

De las revistas últimamente recibidas de contenido esencialmente literario cabe destacar el ya citado en otras ocasiones *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, de Bogotá, cuyos números 2 y 3¹ continúan la prometedora obra que se nos ofrecía en el número 1. Son de especial interés los trabajos de Gabriel Méndez Plancarte sobre *Humanismo*

¹ Número 2, mayo-agosto 1945, y núm. 3, septiembre-diciembre.

mexicano, donde de un modo documentado se demuestra que el latín se cultivaba tanto como el castellano en la Nueva España, y que el nombre de Atenas del Nuevo Mundo dado al Méjico de finales del siglo XVI no es una simple hipóbole laudatoria; el *Lexicón de fauna y flora* continúa su publicación, y es de extraordinario interés la continuación del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* de Rufino José Cuervo, es decir, los materiales que dejó preparados a su muerte, clasificados y dados a las prensas por Félix Restrepo y Urbano de la Calle. La bibliografía que acompaña a cada número viene a valorar esta interesante publicación.

En terreno más vario y menos erudito, la *Revista de las Indias*, de Bogotá, se enfrenta con problemas que no carecen de interés: la obra humanista de Campo Larraondo en la pugna entre las corrientes independizadoras y su enraizamiento en la tradición cultural²; la estimación que por Rufino Cuervo sintieron sabios y literatos³; un estudio sobre el poeta Porfirio Barba Jacob⁴, acompañado de una cuidada antología, y la cabida que da en sus páginas a poetas y ensayistas de la última generación.

S. CAMPOS

(En *Revista de Indias*, Madrid, abril-junio 1946, año VII, núm. 24, pág. 413).

Otra de las excelentes y numerosas revistas científicas oficiales. En este particular no tenemos qué envidiar nada a las demás naciones americanas. Colombia, particularmente en la literatura ha conservado su puesto de abanderada del idioma en América, y a fe que lo ha hecho con honor. Aun ahora, cuando el modernismo y el liberalismo literario han causado tantos destrozos, todavía los amantelados de la sabia tradición exhiben los lauros del arte literario con aplauso, como lo prueba, sin contar otras publicaciones, nuestro *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*. El bien presentado y nítido número que analizamos, (gracioso envío del susodicho Instituto), contiene la *Orientación filológica de Leibnitz*, útil y luminosa, como los demás derroteros de aquel inmortal explorador, estudio al cual completa un Apéndice sobre métrica leibnitziana, con discusiones interesantes acerca de la manera prosódica en el carmen al duque de Brunswick. También llama la atención la disquisición sobre *Palabras con dos acentos rítmicos* de Joaquín Balaguer: empleo bastante común en lo antiguo, pero, siempre desapacible y no llamado a prosperar. *El plan de estudios del arzobispo*

² José Manuel Rivas Sacconi: *El humanista Campo Larraondo*. *Revista de las Indias*, núm. 82, octubre 1945.

³ Manuel Antonio Bonilla: *Cuervo, juzgado por sabios y literatos*. *Revista de las Indias*, núm. 85, enero 1946.

⁴ Daniel Arango: *Porfirio Barba Jacob*. *Revista de las Indias*, núm. 86, febrero 1946.

virrey, fruto de la erudición histórica de G. Hernández de Alba no puede ser más oportuno y útil para la historia de la pedagogía en Colombia que está por descubrirse. En la pág. 315 dice "Natural Alejandro", por "Natal". Tras de la continuación del renombrado *Lexicón de fauna y flora* de Malaret, desde la pág. 333 hasta 360, se publica, con plausible acierto de la revista y alegría de los amantes de Colombia, la continuación de los dos volúmenes editados del monumental *Diccionario de Construcción y régimen* del sabio Cuervo: comprende desde la voz *Elección* hasta *Embargante*. Es superfluo entrar a señalar doctitud y curiosidad. Merece particularmente nuestro aplauso *Un retórico granadino*, de nuestro amigo Manuel José Forero, quien estudia y vindica de la nota de gerundiano (con que Vergara y Velgara, a quien tantas ligerezas se le escaparon), moteja al robusto y fundado retórico santafereño P. Fr. Martín de Velasco, franciscano, confesor del V. P. Fr. Juan Martín de la Palma, y testigo en sus informaciones jurídicas. Obra laudable es la defensa de los claros varones, a quienes sobre el sepulcral olvido, le acomoda la historia de la Literatura una nota degradante y falsa, por ligereza de juicio y falta de detención en su estudio. No se olvide, eso sí, que fuimos nosotros los primeros en defender a Velasco de Vergara. Véase *Voz franciscana*, núm. 144 (1937). Como también hemos estudiado y colocado en su categoría correspondiente a los escritores franciscanos desconocidos u olvidados: Serna y Larrea, Cuervo y Caicedo, Ricaurte, Mejía y Parrales, defendido contra el doctor Posada. Así que nuestros parabienes al B. I. C. C.

FRAY GREGORIO ARCILA ROBLEDO

(En *Voz Franciscana*, Bogotá, año XXI, núm. 249, agosto de 1947, págs. 286).

RIVAS SACCONI, JOSE MANUEL, *Tratados Didácticos de las Universidades novogranatenses*, Bogotá, 1946.

Desprendido del número 3 (año II) del famoso *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, ha aparecido este estudio del joven y ya muy destacado humanista colombiano Rivas Sacconi. Aprovechando los textos o mamotretos existentes en la Biblioteca Nacional y en las de algunos institutos docentes, de esta capital, Rivas Sacconi hace un detenido examen de los libros utilizados en la época colonial para enseñar, en las universidades, especialmente teología y filosofía. Con abundantes y laboriosas notas ilustrativas acompaña el autor su publicación, que tiene grande importancia para la historia de nuestra cultura. Rivas Sacconi es director hoy del *Boletín* arriba citado, pertenece a la Academia colombiana, está del todo dedicado a los estudios humanísticos, posee una prosa del más puro linaje castellano. Es uno de los elementos de que puede enorgullecerse hoy la juventud del país.

(En *El Siglo*, Bogotá, agosto 23 de 1947).

Cali, kalend. mart. -1947

Domino

Joseph Emman. Rivas Sacconi

Bogotam

Domine mi Rivas perdilecte amice:

Hebdomada die octava nuper elapsi mensis clausa, quod ad me secundum ex "Instituti Caro et Cuervo" serie librorum edendorum, missisti volumen, typographice nitore praefulgens, incolume accepi.

Cogito utrum cum ad tuas perveniant manus hae meae litterae, te de me cogitantem inveniant quasi de incivili aut inurbano homine, ob longum, prolixius quam oporteat protractum silentium a me erga te servatum. Fortassis sic cogitaturus... sed "fortassis" tamen dico, etenim de verbo ad factum longissimum extenditur iter.

Si vere utique omnia sic se omnia haberent, libenter et ego pleno faterer ore "obliviosum meum peccatum...! At aliter vita pertransiit mea mihi. Opportuno tempore primum volumen editionum Instituti, intitulatum "Rufino J. Cuervo, *OBRAS INEDITAS*, MCMXLV, (xciv-492 pags.) mihi fungentes tabellariorum nationalium munere tradiderunt. Sed tunc imbecillissima laborabam valetudine. Post, vero, ad salutem reditum sub mensis decembris postremis diebus, cor meum... et haec poeseos nova recentissimaque historia!... induit se moerore propter anni millesimi nongentesimi quadagesimi sexti obitum! Ingenui et ego amare, vita enim festinanter pergebat, silenti semita in aeternitatem, amice mi... Philosophi, semper et ubique de temporis conceptu aut subjecto meditationi assuescunt. Oculi mei illacrymantes per contemplationis perrexerunt viam.

Nullum quidem de voluminis perventione tibi dedi monitum. Parcas tamen, amice, inurbanitatem innocuam meam, quia mense januaria intricatus laboribus in Bibliothecae Municipalis gubernaculum totum insumpsi tempus. Utinam vitam insumere latina poesi potuissem!

De alterius Instituti voluminis apparitione perpauca quodam folio periodico hujus civitatis scripsi, quae plicata hisce literis invenies. De eodem themate Officinae dictae Telam cosmopolis bonarensis originale transmissi folium.

Utinam literarios scirem dicendi venuste modos. Reor calamum meum vix calamum exigui esse scriptoris, si forte decorari tali merear vocabulo.

Quamplurimas tibi ob pretiosum optimumque volumen Ruderici Cari baetici, Cantionem hispanicam celeberrimam ad ruinas Italicae a Michaeli Antonio Caro latinis reditam carminibus continens, gratias ago.

Festinatim, cum vidi schedulam Instituti, involucrum scidi prope

tabellariam officinam, et sequentia, aperto volumine, a te polita, per viam cepi publicam, ineffabile emotione, latino interiori sonitu legere; videlicet, de Praefatione tua soluto claroque stylo:

“Bibliothecae Editionum Instituti Caro et Cuervo prodit nunc alterum volumen. Operibus nondum editis Rufini Joseph Cuervo inita serie, oportebat ut, ad honorandam memoriam atque ad perpetuandas doctrinas Michaelis Antonii Caro, cujus nomen, auctoris “Dictionarii de constructione et regimine”, unitum nomini, portico hujus Instituti ad instauranda studia, quibus duo illi insignes magistri floruerunt, fulgeret. Nihil enim adaeque quam opus, quod, tam ex materia enucleata, quam ex idiomate ab auctore composito, consonum omnino programatibus philologicis ac humanisticis Institutionis, a qua tutela quadam materna tuetur, exstet. Hujusmodi opus longissimo annorum lapsu ineditum mansit, licet iterum atque iterum bona spes Operis volumen edendi frustra laboravit. Censeo me singulariter a fortuna tueri (aut protegi) cum desideria inolita et, longo dierum curriculo a me enutrita, adimplentur, quod, aliunde unanimiter ab omnibus nationalis culturae et CARI gloriae amantibus flagrantissima appetebatur flamma. Novus hic exstat lapis in hypobasim, jamdiu firmissimam, humaniorum literarum columbiani maximi Magistri. Quisquis audeat sententiam in ejusdem personam proferre, nullimode avertere se a praefati operis lapide licebit...”.

Parcas, amice; furtim tuum in hortum ingressus, carpere flosculos volui latinos... Sed... vana spes mea!

Opus Cari editum, honos maximus illi praeclarumque testimonium virgiliani sermonis est eritque. Prolegomena omnia quasi flumen sonoritatis linguae latinae aetate aurea, stylo simplici, nitenti, polito elegantia, dignissimum gloria historica Humaniorum Litterarum (sive literarum)-

Carmina latina Cantionis ad Italicae ruinas, nihil differunt a carminibus poetarum gloriosae antiquitatis aevo ingeniorum Horatii, Virgilii et Ovidii. Profanum sileat os meum. Vox elegiaca, hispanico prolata sermone ab auctore baetico, resonat latinis versibus majestate musicali.

Uterque volumen ac uterque auctor ejusdem, non vana gloria, sed immortalitas circumfusa solari claritate Instituto Caro et Cuervo sunt.

De opere polito tuo alii dicant. Profunda delectabili emotione tibi gratulor.

Maneo tuus adictus amicus, exiguus homo

ALFONSUS ZAWADZKY C.

Pbro.

MIGUEL ANTONIO CARO, *La canción a las ruinas de Itálica del Licenciado Rodrigo Caro, con introducción, versión latina y notas por...* Publicadas por José Manuel Rivas Sacconi (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, tomo II). Bogotá, Editorial Voluntad, S. A., 1947, xxxii-241 págs.

Bajo este título, y con introducción, versión latina y notas por Miguel Antonio Caro, apareció, hace unos meses, un elegante volumen en 8º, xxxii-242 páginas), segundo de las publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. Con estupor y con tristeza he visto la glacial acogida dispensada a esta obra, como si fuera ordinario escribir en Colombia y en América un libro en latín; como si todos los días se publicara entre nosotros un estudio genuinamente crítico.

Cuidó de la edición, enriqueciéndola con oportunísimo proemio y un índice onomástico, indispensable en estas obras, y poniendo en ella el minucioso esmero que caracteriza todas sus labores, el joven humanista en quien columbro un sucesor de Caro, el doctor José Manuel Rivas Sacconi, tipo perfecto del moderno *scholar*. Por su parte, la acreditada Editorial Voluntad ha presentado uno de los mejores trabajos de sus prensas, en esta edición, tan pulcra y esmerada, que hubiera complacido sin duda al señor Caro, muy exigente en asuntos tipográficos, y al otro Caro, "el primero — según Menéndez Pelayo — que supo traducir en forma lírica la voz honda con que la grandeza romana habla desde sus ruinas".

Ciento veintisiete páginas comprende la introducción del libro, íntegramente escrita por don Miguel Antonio en un latín sabio sin rebuscamientos, elegante sin afectaciones, fácil sin trivialidades. El docto autor, en los siete capítulos de tales prolegómenos, explica primero por qué escribió su comentario en lengua latina, ya que este idioma, dice, "aunque parezca extinguido, es sin embargo el intérprete mutuo de todas las lenguas, y es tenido todavía como vínculo común entre los hombres más letrados y las ciudades más cultas", *inter literatissimos homines excultasque civitates etiam nunc pro communi vinculo habetur*. Luégo narra la vida de Rodrigo Caro y presenta su bibliografía; con toda amplitud analiza las fuentes, naturaleza y metro de la famosa elegía, y da, por último, noticia eruditísima de los autores que han tratado, en distintas épocas y naciones, el tema de la inspiración arqueológica, ya como precursores, ya como imitadores de aquel poeta.

Sigue el texto español de la Canción a las ruinas de Sevilla la Vieja, *olim notissima fama*, con la traducción en versos latinos al frente, lo cual permite admirar la compenetración del alma y el numen de los dos poetas, de un mismo esclarecido linaje. Luégo, siempre en latín, las notas sapientísimas a cada verso, restableciendo las mejores lecciones, mostrando las variantes y aclarando puntos oscuros, sin que

la admiración de don Miguel Antonio hacia Rodrigo, le impida señalar defectos y rasgos de mal gusto, o disentir de la opinión de otros autores. Con razón afirma el doctor Rivas que, de todos los escritos del señor Caro, es éste el que presenta "un más definido carácter filológico, una crítica más extremada y un material mejor aprovechado".

Como apéndice de sus comentarios, forma el señor Caro una ingeniosa antología de veinticuatro descripciones antiguas y modernas, en verso y en prosa, de distintas ruinas célebres, como las de Pompeya, Sagunto, Roma y Palmira. Ahí figura el soneto de Julio Arboleda a las ruinas de Palenque. Seis de esas composiciones están dedicadas a Itálica: los fragmentos en prosa del propio Rodrigo Caro y de fray Fernando de Zevallos, la oda de Francisco de Pala Núñez y los robustos sonetos de Francisco Medrano, Pedro de Quirós y Francisco de Rioja, a quien se atribuyó por mucho tiempo, por culpa de López de Sedano, la paternidad de la *Canción*, devuelta a su padre legítimo, en la segunda mitad del siglo XIX, merced al benemérito investigador don Aureliano Fernández Guerra y Orbe.

Tal, a grandes rasgos, el contenido de este libro, que conocí manuscrito, leí en pruebas de imprenta, y he repasado ahora, siempre con placer y provecho, en su edición príncipe, por la que trabajé tanto, sin conseguirla entonces, en unión del inolvidable don Víctor Caro, con ocasión del centenario de don Miguel Antonio. Queda a los latinistas su análisis y comentario; sólo voy a permitirme añadir algunas anotaciones, sugeridas por su lectura.

En 1944, el profesor uruguayo don Eustaquio Tomé publicó en la *Colección Cultural* de Montevideo, la segunda edición de sus interesantes estudios *La canción a las ruinas de Itálica* y *La epístola Moral*, aparecidos antes en diversas revistas, y luego en un tomito, que se agotó prontamente, y que fue muy elogiado por la crítica. Es curioso, como ya lo indicó el doctor Rivas, que entre el libro de Tomé y el de Caro se observen varias coincidencias en el plan general, en el análisis de los versos, en las citas de autores y en la elección de trozos similares a la *Canción*, sin que el profesor hubiera podido conocer los manuscritos de Caro, muy anteriores, ni hubiera intentado una obra de tanta envergadura como la del ilustre bogotano. Hé aquí los hermosos párrafos con que termina su estudio el señor Tomé:

"Siglos hace que el latín es un idioma muerto para el habla vulgar, pero vive en los tratados filosóficos de Séneca, en el poema heroico de Lucano y en el intento épico de Silio, que se llamó Itálico porque mecieron su cuna las auras que acompañaron con su música y embalsamaron con su perfume las rítmicas fantasías de Rodrigo Caro. Sevilla, la soberana del Guadalquivir, Córdoba y Granada, cu-

yos hijos sorprendieron los misterios de la luz y los secretos del iris, han conservado, por virtud de sus poetas, las coronas con que antaño los reyes moros ciñeron sus frentes. Itálica murió; no pasean por sus jardines las hijas luminosas de Andalucía, y los cantares clásicos han callado para siempre. Sólo viven sus ruinas en la canción del milagroso ingenio meridional, y en las *catorce columnas* de los sonetos de Quirós y de Rioja. ¡La España de la latinidad de plata se enlaza intelectualmente con la España del áureo siglo, como en lo más íntimo del espíritu están unidos los dos más nobles ideales del hombre: el amor y la gloria!

Y aquí pudiera agregar el señor Tomé que el espíritu filosófico de Séneca, y el aliento heroico de Lucano, y el acento épico de "Silio peregrino", se unieron al través de los tiempos en la mente prodigiosa del apologista católico, cantor de Bolívar y traductor de Virgilio, del modesto humanista que describía don Pedro de Madrazo, alma de artista, rincón de los Andes.

No sé en qué estado se hallarán hoy las ruinas de Itálica, construída, según parece, en el terreno de la moderna Santiponce. Pero a mediados del pasado siglo — y la cita es del señor Tomé —, las describía don Pedro de Madrazo, alma de artista, de la siguiente manera:

"El aspecto de aquella gran ruina llena el corazón de melancolía; aun rotas las bóvedas que circunvalan el podio, desportillados los soberbios arcos de los vomitorios, melladas las graderías, borradas las escalinatas, convertidos en deformes pendientes los antes bien dibujados y perfilados cuneos, injuriada, en suma, por el tiempo y por los hombres, la majestad terrible del monumento en que compendíaba la ciudad romana su supersticiosa religión y sus sanguinarios placeres, todavía es grande e imponente la voz de aquel mutilado coloso"... El mismo Madrazo se lamenta de que la incuria de los españoles haya permitido la destrucción de "aquel despedazado anfiteatro, que no pudo la elevada poesía de Rodrigo Caro hacer sagrado a los ojos del ciego utilitarismo".

De acuerdo con tal descripción, y más o menos por la misma época, dibujó esas ruinas Gustavo Doré, con su lápiz maestro, para ilustrar una página del libro de Gautier sobre recuerdos de España.

Inserta el señor Caro en su *De ruinis spicilegium* el célebre soneto *Alle rovine di Roma*, por Baltasar Castiglione, atribuído también al poeta Juan Guidiccioni, de la misma época. Su lectura me ha hecho recordar una nota de Menéndez Pelayo en sus *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, al analizar la comedia *El honrado hermano*. La copio a título de curiosa información:

"No carece de curiosidad y mérito, en la segunda jornada, un soneto con estrambote, que recuerda inmediatamente el famoso Castiglione, *Superbi colli, e voi, sacre ruine*, tántas veces imitado en serio

y en burlas por nuestros poetas (Cetina, Artieda y el mismo Lope con el seudónimo de Tomé de Burguillos):

Muros de Roma, plazas, teatros, cuevas,
 imagen de la fábrica troyana;
 en siete montes fábrica tan llana
 que, con sus puertas ciento, vence a Tebas;
 pirámides, colosos, torres nuevas,
 arcos, baños y templos, barbacana
 donde la nueva juventud romana
 hace de su valor tan altas pruebas:
 ¡Salud, divina patria, madre noble
 de Horacios, Tulios, Fabios y Fabricios!
 ¡Salud, del Tiber espléndida ribera!
 ¡Salud, penates lares! ¡Y tú al doble,
 templo de mis divinos sacrificios,
 casa de Venus, de mi fuero esfera;
 y tú, la luz primera
 de aquestos ojos, junta nuevamente
 al alma que te he dado, el cuerpo ausente.

No cita este soneto (que no es tampoco una maravilla) el señor Caro; pero en cambio, al tratar del de Castiglione, dice: "Morel Fatio recuerda tres sonetos de la misma fuente: uno de Andrés Rey de Artieda; otro, burlesco, de Lope de Vega ("Soberbias torres, altos edificios"), bajo el seudónimo de Tomé de Burguillos, usado por él en sus poesías festivas; y el tercero, del celeberrimo epigramático y cómico francés Pablo Scarion". A éste no lo menciona don Marcelino.

Por lo que se ve, tendría mucho interés el acometer la publicación de una *Antología de las ruinas*, que sería más nutrida que las ya publicadas de la rosa y de las sierras. El señor Tomé trae varios trozos que no tuvo en cuenta el señor Caro, como unas epístolas de Moratín; una imitación de Ossian, por Espronceda; los cantos de Larra y Carolina Coronado sobre las ruinas de *Emérita olvidada*, y un pasaje baironiano, de *La peregrinación de Childe Harold*, lleno de muy explicables reminiscencias de la canción a Itálica. Otros dos fragmentos pertenecen a poetas posteriores al trabajo del señor Caro: Villaspesa y Ramón de Basterra.

Para dicha antología en proyecto, una sola época, la del romanticismo — que ni Caro ni Tomé explotaron — daría abundantes páginas. Guillermo Díaz Plaja, en su bien informado libro *Introducción al estudio del romanticismo español*, dice lo siguiente:

"La afición del romanticismo por las ruinas es una consecuencia de esta valoración de la naturaleza (de que viene tratando). La ruina no es, en efecto, otra cosa que el predominio de lo natural sobre lo

artificial, el triunfo de la naturaleza sobre el esfuerzo meditado de la inteligencia. Esto lo ha visto con una aguda claridad Jorge Simmel. 'En la ruina — nos dice — al fin la exacta compensación entre la naturaleza y el espíritu, representada por el edificio, se ha roto a favor de la naturaleza. Este desplazamiento del fiel se resuelve en una tragedia cósmica, que envuelve, a nuestros ojos, toda ruina en las sombras de la melancolía; porque entonces la destrucción de la obra arquitectónica aparece como la venganza que toma la naturaleza contra la violencia que le hizo el espíritu cuando la moldeó y conformó a su imagen y semejanza'".

Bécquer no más, con varios pasajes de sus *Leyendas*, aportaría escogido material. Véase, como breve ejemplo, este fragmento de *La rosa de pasión*:

"En el atrio, que dibujaban algunos pedruscos diseminados por el suelo, crecían zarzales y hierbas parásitas, entre las que yacía, medio oculto, ya el destrozado capitel de una columna, ya un sillar groseramente esculpido por hojas entrelazadas, endriagos horribles o grotescas e informes figuras humanas. Del templo sólo quedaban en pie los muros laterales y algunos arcos rotos y cubiertos de hiedra".

El melancólico Claudio de Lorena, pintor de las ruinas, hubiera podido inspirarse para uno de sus lienzos en estas frases. Al leerlas, acuden inmediatamente a la memoria aquellas estancias en que el otro hijo de Betis cubre con "amarillo jaramago" los "mármoles y arcos", derribados en la soledad de los campos, en el collado mustio. . .

El parnaso hispanoamericano suministraría también valiosas piezas. Ya el señor Tomé cita algunas de su tierra uruguayaya. A Colombia, si no se encontrara nada más, le bastarían, para quedar dignamente representada, dos sonetos de don Antonio Gómez Restrepo, que no me resigno a citar no más, por considerarlos dos joyas de nuestra lírica. Hélos aquí:

AL TEMPLO DE NEPTUNO EN PESTUM

Cerca del mar, que con materno instinto
besa el playón do manso se dilata,
Péstum, en triste esquividad recata
del dorio templo el colosal recinto.

El sol poniente, en arreboles tinto,
cruza el frontón con línea de escarlata,
y parece la inmensa columnata
legión de atletas con el arma al cinto.

Vencido el dios, cayeron los altares,
y del santuario ante las losas yertas
ya no resuenan himnos ni cantares;

y a las vislumbres de la tarde inciertas,
se destacan los frisos seculares
con la tristeza de las cosas muertas.

EN EL FORO ROMANO

Sentado aquí, con estupor profundo
miro las huellas de implacable ruina;
alto silencio en el lugar domina
do palpitaba el corazón del mundo.

Allí, surgiendo de entre el polvo inundo,
rota columna su arrogancia empina;
allá un arco triunfal su dorso inclina
con el sopor de atleta moribundo.

Entre el bosque de escombros seculares,
el roto rastro de la Sacra Vía,
como serpiente destrozada, asoma;

y aún se ven los graníticos sillares
por do el soberbio triunfador subía,
trayendo el mundo hasta los pies de Roma.

La contemplación de antiguas ruinas inspiró a Gómez Restrepo otros bellísimos sonetos: *En la Villa de Adriano*, *La tumba de Cecilia Metela*, *La pirámide de Cayo Sextio* y *El Generalife*, no inferiores a los transcritos. Y tiene tres *A una moneda de Nerón, encontrada en las ruinas de Itálica*, que corresponden a estas palabras de Madrazo: "Hay de Itálica numerosas medallas que batió en tiempo de los emperadores, las cuales sirven también para probar cuánto se preciaban los italicenses de su segundo origen como descendientes de Escipión".

Si por asociación de ideas, el primero de los dos sonetos copiados arriba, trae el recuerdo de una hermosa página de Dickens en sus *Pintures from Italy*, en su visita al templo de Poseidón, el segundo nos hace recordar el bellísimo de Quevedo *A Roma sepultada en sus ruinas*. Interesante historia la de este célebre soneto, cuya idea primordial, la fugacidad de lo que parecía firme y la perennidad de lo que era considerado como transitorio, pasó de Propercio y de un anónimo epigrama latino, a los dísticos del palermitano Jano Vital; de ellos, a los sonetos de Joaquín Du Bellay y del satírico español, para llegar hasta los versos ingleses de Edmundo Spenser y a los polacos de Szarzynski. ¡Qué pintoresco viaje literario!

Ninguno de los que han tratado de los famosos sonetos de Du Bellay y de Quevedo (es decir, Cuervo, Menéndez Pelayo, Tomé y

Astrana Marín), han mencionado otro, evidentemente inspirado en aquéllos; me refiero a *Roma rovinata*, de Prati; lo tradujo bellamente uno de los hijos de don Miguel Antonio, el inteligente poeta Luis Alejandro Caro, muerto en plena juventud, cuando empezaba apenas a dar muestras de su ingenio. Hé aquí dicha versión:

ROMA EN RUINAS

Aquí fue Roma; la imperial cabeza,
temida siempre y nunca sojuzgada,
fue; sólo queda la extensión callada,
y bajo el polvo su marcial fiereza.

A tiempo vino, y yace en la maleza,
la altiva torre por la planta hollada.
El tiempo, que enaltece y anonada,
quitó a Roma de Roma la grandeza.

¡Roma no es Roma ya! Vulcano y Marte
al par convierten en cenizas yertas
las creaciones de natura y arte.

El árbitro del mundo se derrumba,
y halla, al rodar entre sus ruinas muertas,
de su abatida majestad la tumba.

En su libro *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana*, don Rafael Maya dice que un soneto de don Miguel Antonio Caro, el que comienza: "En vano, oh tiempo victorioso, en vano", es "digno de ponerse al lado de aquel que dice: "Estas que fueron pompa y alegría", o de aquel otro que entra así: "La dulce boca que a gustar convida", o, finalmente, de aquel que remata asegurando, con melancolía, que solamente "lo fugitivo permanece y dura". En cierta afamada revista, un crítico cuyo nombre creo oportuno reservarme (*parcere personis*), creyó que Maya se refería a otros tres sonetos de don Miguel Antonio, y al hablar de éste se los adjudicó sin más, con inexplicable descuido, pues pocas composiciones hay tan conocidas en nuestra lengua como el soneto de Quevedo a Roma, el de Calderón a las rosas, considerado por Lista y el señor Suárez como uno de los más bellos en castellano, y el de Góngora sobre los engaños del amor, inspirado en otro de Tasso, y juzgado, con razón, superior al modelo.

A la copiosa bibliografía sobre Rodrigo Caro citada por don Miguel Antonio y completada por el doctor Rivas Sacconi, conviene agregar un interesante artículo de E. M. Wilson, publicado en 1936 en la *Revista de Filología Española*, para no alargar la enumeración con los conceptos de diversos autores de manuales literarios y de an-

tologías poéticas modernas, en que luce con brillo propio y siempre nuevo la elegía del licenciado Caro a la antigua ciudad romana. "Dichoso — diremos con Menéndez Pelayo — el que tuvo un momento lírico así, de inspiración propia y sincera!".

Estoy de acuerdo con los críticos que opinan que dicha elegía hubiera debido concluir en el verso 85: "¡Tanto aún la plebe a sentimiento inclina!". Los diecisiete siguientes, dedicados al *mártir y prelado* Geroncio, dictaron a Quintana este juicio, que sin duda no compararía el señor Caro, pues ni lo menciona:

"La última estancia no pertenece ya a la obra, y por su objeto, su ejecución y su estilo, está enteramente fuera del cuadro que el autor se propuso. Nosotros ignoramos la historia de este poema; tal vez encargado Caro de escribir versos al mártir San Geroncio, prelado de Itálica, le sirvió esto de ocasión y motivo para emplear su fantasía en las ruinas y antigüedades del pueblo, y no tuvo arte o voluntad para enlazar lo uno con lo otro. En tal caso, esta mala estancia habrá sido la causa del poema, y como sin ella no lo tendríamos, podríamos llamarla *felix culpa*".

El señor Tomé agrega: "El papel desempeñado por el obispo mártir en la concepción de las famosas estancias, resulta un enigma literario, por ahora indescifrable. ¿Lo será siempre?"

¡Quién creyera que el cantor de las famosas ruinas, llevadas por él a la inmortalidad, fue también un precursor de la ciencia folklórica, hoy tan cultivada! En efecto, como nos lo dice en su precioso estudio *Vida y escritos de Rodrigo de Caro*, el maestro Menéndez Pelayo, tal se muestra en su obra ("en valor intrínseco así como en bulto la primera de todas") que lleva por título *Días geniales o lúdricos*, que es una interesante disertación sobre los juegos y consejas infantiles, desde los días de Grecia y Roma, que acaba "por donde parece que debía empezarse, es decir, por las canciones de cuna". Parece que Caro no destinaba ese libro a la impresión. Y comenta el gran polígrafo citado: "Acaso temía que los graves teólogos y jurisconsultos que pasaban por entonces por los únicos depositarios de la humana sabiduría, tuviesen por baladí su trabajo, y se riesen a mandíbula batiende de aquellos capítulos en que se declaran la historia y etimología de la taba, o del juego de las almendres, o del trompo y la peonza, o de la palomita blanca o de la rayuela...". Ojalá alguno de los ilustrados miembros del Instituto Caro y Cuervo se animara a estudiar al sacerdote utrerano por el simpático aspecto de indagador de la poesía "que brota de los usos, juegos y tradiciones populares".

Lamenté al principio de este desordenado escrito, la indiferencia con que la crítica ha acogido este asombroso libro de don Miguel Antonio, de abrumadora erudición. Por extraño caso, sucedió lo mismo el año pasado, al aparecer el tomo octavo de las *Obras completas* del

señor Caro. En él se incluyen, pero avalorados con versiones y notas inéditas, los tres tomitos que en vida del autor se editaron con los títulos de *Sonetos de aquí y allí*, *Traducciones poéticas* y *Poesías de Sully-Prudhomme*. Dirigió la edición, esmeradísima por todo aspecto, un nieto del señor Caro, el joven e inteligente doctor Eduardo Caro, hijo de don Víctor.

Es muy triste ver que esta clase de libros, que señalan días de gloria en nuestras letras, se vean envueltos en el silencio, al paso que se aplauden y ensalzan cuentos anodinos, novelas insulsas, ensayos que en realidad son tanteos, versos sin inspiración alguna. Por eso, como lo dije en artículo reciente, la juventud de hoy ignora por completo a nuestros valores auténticos, de quienes apenas sabe el nombre; y por eso también nos desconocen en los demás países, aun cuando creamos, o finjamos creer, lo contrario. Citaré un ejemplo, entre muchos. En el *Pequeño Larousse Ilustrado*, quizá el mejor de los diccionarios manuales de nuestra lengua, se encuentra en la página 1468 esta referencia: "Suárez (M. Fidel). Véase Fidel". Retrocediendo a la página 1216, puede leerse: "Fidel Suárez (Marco). Véase Suárez". Nada más. Sobran los comentarios. Me refiero a la edición de 1933, dirigida por Miguel de Toro y Gisbert, bien conocido en los campos de las letras. Ignoro si en las reimpresiones siguientes se habrá corregido ese desplante, o esa serie de desplantes en dos líneas, contra uno de los más grandes escritores en lengua española.

El doctor Rivas publicará dentro de poco — y así lo deseo ardentemente — un magnífico libro sobre el estudio del latín en Colombia, y esa obra será la historia de nuestro humanismo. En ella hará cumplido elogio del señor Caro, y analizará a fondo los comentarios a la *Canción a las ruinas de Itálica*, poniéndolos en el elevado lugar que les corresponde, aun en el plano general de la cultura hispánica.

Ya son muy pocos en Colombia los cultivadores del latín. Precisamente uno de ellos, el doctor José María Restrepo Millán, ha hecho una gallarda traducción de los comentarios de don Miguel Antonio sobre Rodrigo Caro.

Suele repetirse que la lengua del Lacio y de la Iglesia no sirve sino para el clero, y que por eso no debe estudiarse sino en los seminarios y casas religiosas. Falso error, contradicho por muchos ejemplos ilustres de todo el orbe. El latín es necesario al médico y al jurista, para entender términos y etimologías; al botánico, para comprender los nombres técnicos; a todo hombre de ciencia, para dar a los vocablos la acepción debida; a los literatos, para consolidar la pureza del idioma y la ortografía misma; a todos, para poder leer en la propia lengua en que fueron escritas, tantas obras inmortales, cuya traducción, por buena que sea, las presenta siempre desteñidas. Si hubieran estudiado latín, algunos afamados escritores modernos no estarían creyendo todavía que el gemido de Virgilio, *sunt lacrymae rerum*, significa "las lágrimas de las cosas"; o que la expresión, vir-

giliana también, *auri sacra fames*, se traduce por "hambre sagrada de oro"...

Dos autores nada sospechosos de clericalismo (por eso los cito), Anatole France y León Daudet, alaban la importancia del estudio del latín y su fuerza educativa para enseñar a vencer las dificultades inherentes a toda lengua extraña. El primero, en su artículo *Necesidad de la enseñanza del latín*, dice, con frases que parecen escritas para nosotros:

"Tiembo por nuestras humanidades. Ellas formaban hombres; ellas enseñaban a pensar. Se ha querido que hiciesen aún más, y que tuviesen una utilidad directa, inmediata. Se ha querido que la enseñanza continuara siendo liberal, volviéndose práctica. Se han cargado los programas como fusiles, para no sé qué combate salvaje. Se les ha llenado de hechos, hechos y hechos. Ha habido, especialmente, un furor inconcebible por la geografía. El latín ha sufrido grandemente con esto. Muchos republicanos se han consolado, creyéndolo invención de los jesuitas. Se equivocaban. No tenemos sino que abrir a Erasmo o a Rabelais, para ver que el latín clásico fue instaurado en las escuelas por los sabios del Renacimiento... El descenso de los estudios latinos es terriblemente rápido. Los retóricos de mi tiempo leían de corrido a Virgilio y a Cicerón; escribían en latín, y, a mi parecer, esforzábanse por expresar en esa lengua muerta un pensamiento que apenas apuntaba. Todos me dicen, y yo lo veo, que esto ha cambiado. Hay todavía algunos jóvenes enamorados de las letras latinas. Pero se les tiene ya por los últimos humanistas. El mayor número tiene cada día menos interés por las cuestiones clásicas... En el siglo XVIII, era aún el latín la lengua universal de la ciencia. Hoy en día, la ciencia habla francés, inglés, alemán. Sólo la teología conserva su viejo idioma... Mucho se ha disminuído ya la parte que correspondía al latín en los programas. Se le ha despojado de los antiguos honores; se los arrancarán poco a poco, a jirones, y su desaparición total es segura en un porvenir próximo, que por lo menos, quiero esperar, nosotros no veremos... No se puede negar que sea ventajoso conocer el inglés y el alemán. Tal conocimiento es útil al comerciante, al leñador, al soldado y al sabio. Pero falta saber si la enseñanza secundaria debe tener, como único fin, lo útil. Es demasiado general para esto. No: el hermoso nombre de humanidades, que se les dio tanto tiempo, nos da luz sobre su verdadera misión: debe formar hombres, y no tal o cual especie de hombres; debe enseñar a pensar... Aprender a pensar: hé aquí el resumen de todo programa de enseñanza secundaria bien comprendido... El latín no es para nosotros una lengua extraña, es una lengua maternal: ¡somos latinos! La leche de la loba romana hace lo más hermoso de nuestra sangre. Todos los que han pensado con cierta profundidad, han aprendido a pensar en latín. No exagero al decir que, ignorándolo, se ignora la soberana cla-

ridad del discurso... La literatura latina es más propicia que otra alguna para formar los espíritus".

Pero no debo seguir citando; merece leerse íntegro tan bello artículo, de autor tan poco ortodoxo como fue ese disolvente y volteriano novelista. En cuanto a León Daudet, nada eclesiástico tampoco, en sus *Etudes et milieux littéraires*, afirma: "La potencia creadora y ordenativa de un escritor en prosa o en verso, de un crítico o de un filósofo, será proporcionada a la extensión de sus estudios clásicos". Y agrega: "Las humanidades tienen la ventaja de transportarnos a dominios de la belleza pura, sacándonos de las contingencias de lo presente".

¡Cómo hacen verdadera el señor Caro y el doctor Rivas la afirmación de Goethe: "Siempre es fecundo pasear bajo las palmeras de Italia"!...

Pero ya es tiempo de concluir este pesado escrito.

Un manuscrito del canónigo sevillano don Martín Vásquez, publicado por Bartolomé José Gallardo y citado por el señor Caro, nos da la siguiente noticia: "Murió el doctor Rodrigo Caro el día de San Lorenzo a las tres de la tarde, año 1647, a la edad de setenta y tres años. Halléme en su cabecera, envidiando la quietud de conciencia con que dejaba esta vida".

De modo que, por extraña y no buscada coincidencia, sale el libro que dio motivo a estos párrafos, al cumplirse tres siglos de la muerte del licenciado Caro, o mejor dicho, de su entrada a la verdadera inmortalidad. No podía rendirse mejor homenaje a su memoria.

JOSE J. ORTEGA TORRES

Tal es el título del segundo volumen dado a luz por el *Instituto Caro y Cuervo*. Oportuno y conveniente era que después de publicar las *Obras Inéditas* del señor Cuervo, el Instituto que lleva el nombre de nuestros dos máximos humanistas, consagrara este volumen a la memoria de Caro.

La noble y delicada tarea de ponerse al frente de esta publicación, ha correspondido al joven humanista don José Manuel Rivas Sacconi. Hijo del eminente colombiano José María Rivas Groot y bisnieto del autor de la *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, le viene de casta su devoción a la cultura clásica y ha manifestado en esta primicia editorial tal madurez de criterio y gusto tan acendrado, que de una vez se le puede considerar como digno de hombrearse con los más expertos en el bien decir y como latinista aventajado.

Tras la tabla de las siglas empleada para citar los escritos de Rodrigo Caro y otras fuentes, el libro comprende: *Prolegomena* con siete capítulos, así: I. Motivo de la traducción de la obra. II. De la vida,

escritos y costumbres de Rodrigo Caro. iii Catálogo de las obras y opúsculos de Caro. iv De la suerte corrida por la Canción — Fuentes de donde procede el texto. v. De la naturaleza del metro y la poesía. vi. De los argumentos de los cantos de autores y discípulos. vii. De otros colocados en el Apéndice.

En seguida vienen el texto español de la Canción a las Ruinas de Itálica o Sevilla la Vieja y la versión latina. Las *Annotationes* comprenden 57 páginas de erudición maciza y los dos *Apéndices* comprenden: el primero, varios trozos de prosa y poesía afines de la Canción; y el segundo, una recolección de epigramas o inscripciones en relación con las ruinas.

En la *Advertencia* que precede al libro y que es la colaboración escrita del Dr. Rivas Sacconi, se ve bien a las claras que no alumbra de pajas sino con la firmeza de quien penetra en campo que le es familiar, el joven humanista nos introduce en lo que pudiéramos llamar la parte procedimental de la obra del señor Caro, y a la vez que hace la apología de nuestro compatriota, apunta las deficiencias que aparecen en su estudio y que son más que naturales al cabo de cuarenta o más años de escrito.

En el capítulo II nos dice el autor que Rodrigo Caro era hijo de Bernabé de Salamanca, pero que conforme a las costumbres españolas de la época, optó por el nombre matronímico y lo propio hicieron sus hermanos. Consagrado sacerdote en 1617, ejerció varios cargos en la Diócesis hispalense; fue asimismo hábil jurisperito y tuvo grande afición a la historia y a la literatura, siguiendo el consejo que da Séneca a Lucilo, en el que amonesta a su corresponsal a leer libros distintos de su profesión *non ut transfuga sed ut explorator*, porque es cosa averiguada que el cambio de lectura alivia la mente y produce un descanso verdadero.

En punto de literatura, Rodrigo Caro cultivó de preferencia la poesía latina; y de tal manera amaba las bellas letras, que en carta a Lasso de la Vega no tenía empacho en afirmar lo siguiente: "No tengo en este mundo hora de contento, sino cuando alguno me trata de letras".

El capítulo se cierra con los siguientes conceptos de Nicolás Antonio, el ilustre bibliógrafo hispalense: "Rodrigo Caro, de Utrera",... sacerdote de Sevilla, jurisconsulto y doctor... varón indagador de antigüedades y humanista, animador nato, por decirlo así, de toda buena disciplina, de singular probidad e integridad de costumbres".

El capítulo consagrado a registrar las obras y los opúsculos de Rodrigo Caro, enumera hasta treinta en ambas lenguas, latina y española.

En el capítulo IV se trata acerca de las vicisitudes que sufrió la *Canción* y de las probables fuentes que influyeron sobre el texto de ella. Vemos ahí que durante mucho tiempo, a causa de haberse dedicado Caro al estudio de la numismática, tradiciones e inscripciones y de las reliquias de la venerable antigüedad, se le reputaba no como poeta sino como arqueólogo.

En 1604 escribió una obra sobre *Itálica* o *Sevilla la Vieja* en cuatro libros en los que trata del origen, progresos, costumbres de aquella ilustre ciudad y de sus claros varones. Luego compuso la *Canción* a aquellas ruinas, inspirado en la augusta grandeza de obras romanas desaparecidas. Con razón pues, dice Menéndez Pelayo: "Para Rodrigo Caro, ingenio latino de pura raza, lo más grande, lo más augusto que cubre el suelo son ruinas romanas: entre ellas vive y entre ellas canta, y a ellas lo refiere todo".

Durante muchos años se tuvo a Rioja como autor de la *Canción* y el propio Quintana y don Andrés Bello fueron de ese parecer; pero en 1858 don Aureliano Fernández Guerra y Orbe aseveró que aquella pieza había sido escrita por Rodrigo Caro, y posteriormente, en 1870 manifestó esta opinión más por extenso en el *Informe* que presentó a la Academia Española, en el cual el erudito académico comprueba que la dicha *Canción* había sufrido varias fortunas; que de ella había cuatro copias autógrafas de Caro, siendo la cuarta la vulgar y entre todas la *excelente* y *perfecta*.

Los capítulos v y vi los consagra el señor Caro a tratar a fondo del metro y la naturaleza de la poesía y además de los argumentos del poema y de los autores y discípulos que han escrito sobre temas de la misma índole.

Creen algunos que las estrofas de la *Canción* son una imitación de la *Canción V* de Petrarca que empieza "*Nella stagion che il ciel rapido inchina*"; pero el señor Caro es de concepto que Rodrigo Caro no tuvo ante sus ojos las estrofas de Petrarca para imitar el metro, sino la Egloga primera de Garcilaso que empieza: "Divina Elisa, pues agora el cielo / Con inmortales pies pisa y mide". Mas a juicio de nuestro compatriota, si los versos de Garcilaso son fáciles, los del utrense tienen mayor fuerza y gravedad y están dotados de mayor esplendor.

Entre los ejemplos de autores que tratan de calamidades públicas, de ruinas y ciudades devastadas, las Sagradas Letras los ofrecen en abundancia: Isaías; Jeremías con sus trenos o lamentaciones; Ezequiel y otros más sacan verdadera esta afirmación. Aquella lección de las lamentaciones de Jeremías que dice: "Oh vosotros los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor", intentó Caro trasladarla a la *Canción* en una de sus primeras tentativas y así escribió:

En aquellos collados
Me parece que miro
Que en perpetuo suspiro
Está el Genio de Itálica llorando,
Y, aumentando con lágrimas el río
Ved, dice, si hay dolor como este río
Los que por el camino váis pasando.
Itálica murió.

El autor halló exótico este giro y lo enmendó en la forma que aparece en los versos 70 a 85 de la *Canción*.

El señor Caro apunta en la página 74 que el autor de la *Canción* no pudo hallar en los autores griegos ni romanos ejemplos acabados de aquellas formas de piedad, pues la indiferencia al dolor y a la sangre y la crueldad son las características de sus héroes. Julio César, uno de los romanos más clementes y que en la guerra civil contra Pompeyo decía, para ganarse a los indiferentes: "todo el que no está contra mí es mi amigo", impulsado por la ira destruía sin conmiseración alguna de las ciudades, sin excluir ancianos, mujeres y niños; y en sus *Comentarios* alude a tales sucesos con sencillez y como de hechos naturales en la guerra. Lo propio acontece con Escipió en Cartago y en Numancia y apenas habrá escena más repugnante a los ojos del lector moderno que la descrita por Homero en la rapsoda XXII — 331, 337, 345, 395 en que Héctor, mortalmente herido por Aquiles suplica a éste que no deje su cadáver insepulto:

"Héctor. — Te lo ruego por tu alma, por tus rodillas y por tus padres: ¡No permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aquellas! Acepta el bronce y el oro que en abundancia te darán mi padre y mi veneranda madre, y entrega a los míos el cadáver para que lo lleven a mi casa, y los troyanos y sus esposas lo entreguen al fuego.

Aquiles. — No me supliques, ¡perro!, por mis rodillas ni por mis padres. Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas. ¡Tales agravios me has inferido! Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me traigan diez o veinte veces el debido rescate y me prometan más, aunque Príamo Dardánida ordene redimirte a peso de oro; ni aún así, la veneranda madre que te dio a luz te pondrá en un lecho para llorarte, sino que los perros y las aves de rapiña destrozarán tu cuerpo.

Dijo; y para tratar ignominiosamente al divino Héctor, le horadó los tendones de detrás de ambos pies desde el tobillo hasta el talón; introdujo correas de piel de buey, y le ató al carro, de modo que la cabeza fuese arrastrando; luego, recogiendo la magnífica armadura, subió y picó a los caballos para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Gran polvareda levantaba el cadáver mientras era arrastrado; la negra cabellera se esparcía por el suelo, y la cabeza, antes tan graciosa, se hundía toda en el polvo; porque Zeus la entregó entonces a los enemigos, para que allí, en su misma patria la ultrajaran".

Y esta desgarradora escena se desarrolla ante los ojos atónitos y llorosos de Príamo y de Hécabe, y luego la infortunada Andrómaca tiene que contemplar polvoriento y macerado el cuerpo de su esposo!¹

¹ Cf. *Obras Completas de Homero*. Versión directa y literal del griego por Luis Sagalá y Estalella.

Verdad es que Sófocles humanizó sus héroes y en más de una ocasión les comunicó ciertos atributos piadosos como cuando dice por boca de Ulises: "Yo le compadezco, aunque sea mi enemigo, porque le veo desventurado y perseguido por un hado adverso. Mirándole, pienso en mí, porque veo que cuantos vivimos, no somos otra cosa que fantasmas, sombras ligeras". Pero en general, la tesis de que el perdón de las injurias y la conmiseración por las calamidades ajenas nacieron con el cristianismo, es defendible en cualquier terreno.

Entre los varones romanos que mostraron sentimientos filosóficos sacados de las ruinas, el primero que viene a la mente es el gran juriscónsulto Servio Sulpicio, gobernador de Grecia, en el momento en que Cicerón se hallaba inconsolable por la muerte de su hija Tulia, mujer de Dolabela. El pasaje siguiente, citado por Gaston Boissier y al cual alude el señor Caro, es buena muestra de aquellos sentimientos.

"A mi regreso del Asia, — le dice — cuando navegábamos desde Egina hacia Megara, me puse a contemplar el paisaje que me rodeaba. Delante de mí Megara, detrás Egina, el Pireo a la derecha, a la izquierda Corinto. En otro tiempo eran estas ciudades muy florecientes; ya no son más que ruinas esparcidas por el suelo. A su vista pensé: ¡Cómo nos atrevemos nosotros, míseros mortales a lamentarnos de la muerte de uno de los nuestros, nosotros que debemos a la naturaleza una vida tan corta, cuando vemos de una ojeada los cadáveres diseminados de tantas grandes ciudades!" El pensamiento — continúa Boissier — es elevado y original. Esta lección sacada de las ruinas, esta manera de interpretar la naturaleza en beneficio de ideas morales, esta melancolía sería mezclada a la contemplación de un hermoso paisaje, son sentimientos que la sociedad pagana conoció poco. Este pasaje parece verdaderamente animado por un soplo cristiano. Se diría que lo escribió un hombre a quien eran familiares los libros santos, y que se había sentado ya con el profeta en las ruinas de las ciudades desoladas! Esto es tan cierto, que San Ambrosio, queriendo escribir una carta de pésame, imitó ésta, y resultó naturalmente muy cristiana. La respuesta de Cicerón no es menos hermosa. Hace en ella la pintura más vencedora de su tristeza y de su aislamiento. Después de escribir el dolor que sintió por la caída de la república, añade: "Por lo menos me quedaba mi hija. Tenía dónde retirarme y descansar. El encanto de su conversación me hacía olvidar todos mis afanes y todos mis disgustos; pero la herida terrible que he recibido al perderla, ha renovado en mi corazón todas las que yo creía ya cicatrizadas. En otro tiempo me refugiaba en mi familia para olvidar las desventuras del Estado; pero ¿tiene hoy el Estado algún remedio que ofrecerme para hacerme olvidar las desdichas de mi familia? Me veo obligado a huír a la vez de mi casa y del foro, porque mi casa no me consuela de los sinsabores que me cuesta la república, y ésta no puede llenar el horrendo vacío que hallo en mi casa"².

² Cf. Gaston Boissier, *Cicerón y sus amigos*, III.

Todo este capítulo es de una erudición pasmosa. En él se enumeran cuantos autores latinos, españoles, ingleses, franceses, italianos, alemanes y americanos habían escrito sobre ruinas hasta 1902, año en que ya el señor Caro había escrito los Prolegómena de la obra, según lo supone el doctor Rivas Sacconi (xiv y xv).

Siguen: el texto español de la *Canción* y la versión latina del señor Caro. Aparecen en aquél algunas variantes del que aprendimos de niños y que aún no se ha caído de la memoria; y hemos advertido al leer las *Annotations*, que el texto que nosotros conservamos corresponde al que juzgó conveniente enmendar Fernández Guerra y que conservaron Quintana y Menéndez Pelayo, este último en su antología *Las Cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana*. Tales variantes son a saber:

En el verso 13:

“De todo apenas *quedan* las señales”. El señor Caro escribe *vemos* y anota en la página 159 que Rodrigo Caro escribió *quedan* en los textos *D* y *E* de la *Canción*, correspondientes a los años de 1614 y 1630 respectivamente. Mas como en el verso 10 próximo se repite el verbo, lo que es señal de incuria o acusa de pobreza de dicción, era preferible ‘*vemos*’. Quizá — dice Fernández Guerra — el poeta se avergonzó de transcribir íntegro el verso de Cetina “quien en su *Soneto Al monte donde fue Cartago* había escrito: Y agora apenas vemos las señales”.

La preposición y el artículo del verso 14: *De el gimnasio*, que el poeta solía escribir separados, sufren la contracción en esta lección y en la correspondiente al verso 102: *de el mundo*, en el texto de Menéndez Pelayo que citamos atrás. El propio autor había hecho la contracción en los textos primitivos, pero más tarde, “quizá porque creyó que fuese más atrevida la dirección”, enmendó la frase.

El verso 72 que conserva el señor Caro dice así:

“Que aun se ve el humo aquí, *aun* se ve la llama”, y en las *Annotations* dice que “Quintana eliminó el segundo ‘aun’, el cual se repite en el verso siguiente, a fin de que este verso — a mi juicio — se deslice sin dificultad, pero sin embargo, la sentencia reclama la repetición. Menéndez Pelayo conservó la enmienda de Quintana, la cual aparece más corriente al oído nuestro, por de contado infinitamente menos fino que el señor Caro, quien a juicio del Dr. Tomás O. Eastman³ “merced a su potentísimo oído, descubrió que es característico de las vocales ser más intensas que las consonantes”.

La estrofa final, dice:

Tú, si *don* tan pequeño han admitido
90. Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce *memoria* asaz, si lastimosa,

³ *Acentos de intensidad, de altura y de duración*. Prólogo. 9-10.

Permíteme piadosa
 En pago de mi llanto,
 Que vea el cuerpo santo

95. De Geroncio, tu mártir y prelado:
 Muestra de su sepulcro algunas señas,
 Y cavaré con lágrimas las peñas
 Que ocultan su sarcófago sagrado.
 Pero mal pido el único consuelo

100. De todo el bien que airado quitó el Cielo:
 Goza en las tuyas sus reliquias bellas,
 Para invidia de el mundo y las estrellas.

Hemos subrayado las palabras que aparecen cambiadas en el texto adoptado por Menéndez Pelayo y que son a saber:

89. Tú, si *lloroso* don han admitido

91. "Dulce *noticia* asaz, si lastimosa". El señor Caro cree que es gongorismo lo de *noticia* y que el autor corrigió, ya maduro, las fealdades que escribió en sus años mozos.

93. "*Usura* a tierno llanto". Es otro gongorismo que también enmendó el autor, dejando *en pago, candidam locutionem praetulimus*, a juicio del señor Caro.

102. "Para *envidia del mundo y sus estrellas*". La forma latina *invidia* se conservaba todavía. Quintiliano vulgarizó la forma *envidia*.

Las breves apostillas precedentes que tímidamente nos hemos permitido escribir no son sino la reacción natural que en nosotros ha producido el admirable estudio del señor Caro, quien cada día aparece más desconcertante por la solidez y muchedumbre de sus conocimientos y por la madurez y precisión de sus juicios. Además, hemos querido de esa manera, manifestar nuestro agradecimiento al Dr. J. M. Rivas Sacconi por la patriótica labor que llevó a feliz término y nuestro aplauso al *Instituto Caro y Cuervo* que de manera tan brillante está reviviendo la gloriosa tradición humanística de nuestra patria.

EMILIO ROBLEDO

(En *Revista Javeriana*, Bogotá, tomo xxviii, núm. 137, agosto 1947, págs. 121-125).

En agregium volumen modo nostris bogotensibus praelis perpulchre editum. Primo quidem intuitu aliquis forsan mirari posset quod occasione octoginta circiter tantum versuum, ad quos carminis Roderici Cari versio hispanica coarctatur, integer liber 240 paginarum complectens, opus esset; sed propius attentiusque opus considerantes haud obscure nobis protinus apparebit rem tantummodo specie parvam videri, re vero permagnae mollis esse: quod equidem luce clarius etiam lippis evadet debita mora sedulo mensurantes ac ponderantes tum primum auctorem, cum illo dignum vertentem; nunc poematis remotiores fontes, nunc demum cetera omnia, quae, allatis undique suadentibus rationibus, et primi Cari dicendi modos vindicant, et secundi versionem lepide concinneque exaratam.

Iam vero, simul ac primum operis folium vertitur, optima Prolegomena M. A. Cari nobis obvia conspicimus, facili currenteque calamo, latino sermone conscripta, quae nos perquam non possunt non delectari, hisce praecipue nostris omni genere novitate imbutis temporibus, in quibus, parum, ne dicam omnino nihil, homines apud non lingua latina uti curantur.

Etenim, in decursu partis voluminis soluta oratione concinnati, excultus auctor docere nos satagit suum opus aggrediendi motivam rationem, necnon de vita, poematibusque insignis ruinarum Italicae cantoris certiores non facit: quod sane absque spatii dilatatione expleri thema totum nulatenus valebat.

Et re quidem vera, Carus noster non modo est elegiae rodericanae traductor sed eiusdem eruditus commentator: idcirco, eam undequaque, tam in Latii linguae forma, quam in prisca veste nempe hispanica, pervadit ac perscrutatur, ita ut ferme omnia nobis patefiant de his quae ad eius historiam, naturam, fontes, licentias atque figuras pertinent rhetoricas.

Versionem ipsam quod attinet, nobis notandum est columbianum Carum hexametrum modum elegisse loco disticorum metrorum, quae in concinnandis moerore imbutis cantionibus classicorum poetarum mos fere semper fuit, adhibere.

Hoc tandem de ipsius conditi carminis carini conditione addere oportebit: singuli versus sex pedibus constantes per humanistam nostrum latine redacti, non sono, id est, accentuum rhythmicorum, quos vocant, apta ordinatione, neque morulis accaesuris, quibus hexametron latinorum indiget, minime excussis clausularum mutua connexionem, sicuti syntaxis vult, neque denique verborum accurata proprietate, ni falor, a boetianis immo et virgilianis numeris nimis differunt.

Postremo notatu dignum est elegiam latinam, auctore Caro, omnem sensum Roderici cantus penitus in se exprimere atque claudere, absque ulla omissione neque quantumvis minima arbitraria additione aut proprio libito mutatione.

Ceterum ex corde gratulandi sunt invenis editor et domus editrix, qui tantum opus publici iuris facere ad emolumentum ac solatium nostrum.

FR. G. ARCILA ROBLEDO O. F. M.

(En *Voz Franciscana*, Bogotá, año XXIII, Núm. 246, mayo de 1947. Págs. 176-177).

MIGUEL ANTONIO CARO

Como primicia editorial de 1947, el Instituto Caro y Cuervo acaba de dar a la publicidad una obra del más vivo interés para el público culto: *La canción a las ruinas de Itálica del Licenciado Rodrigo Caro, con introducción, versión latina y notas*, por Miguel Antonio Caro. Precede al escrito, hasta hoy inédito, del señor Caro, una *Advertencia* del señor José Manuel Rivas Sacconi, bajo cuya inmediata dirección se hizo la edición.

Veamos, con las propias palabras del erudito prologuista, cuál fue la génesis de esta obra de nuestro máximo humanista: "La obra que hoy ve la luz, dice, es parte integrante de una extensa producción latina... Olvidado casi de sus escritos castellanos (el señor Caro), se dio a recoger, pulir y ordenar los latinos que repartió en dos secciones: la primera de poesías originales, *Carmina Latina*, y la segunda de traducciones, rotulada *Latinae Interpretationes*, etc. Esta colección contiene noventa y nueve versiones al latín de poesías seleccionadas de autores hispanos y extranjeros, desde Garcilaso y Fray Luis de León, hasta Bello y José Eusebio Caro, desde Dante y Manzoni, hasta Chénier y Longfellow. En el número de ellas se encuentra la *Canción a las ruinas de Itálica*, de Rodrigo Caro; pero quiso el traductor dar a ésta especial realce y publicarla anticipadamente, como muestra de sus interpretaciones latinas. Puso en su ejecución, según es fama, particular esmero y le consagró extensos *Prolegomena* y un comentario eruditísimo. De esta manera resultó una obra independiente, la cual forma con las *Interpretationes* y con los *Carmina* un armonioso conjunto de trabajos que se complementan y obedecen a un plan general".

Además de los *Prolegómenos* citados y el comentario, contiene la obra dos *Apéndices*. En el I transcribe cinco trozos en prosa y verso de autores varios, entre ellos el propio Rodrigo Caro, sobre las famosas ruinas de Itálica. En el II presenta una original colección poética en que puede apreciarse cómo el tema de ciudades en ruinas ha suscitado la inspiración de muchísimos bardos, desde los renacentistas hasta los contemporáneos del autor. Forma todo esto, con el muy útil índice onomástico, un conjunto de 241 páginas.

Esta obra, que según los verosímiles cálculos del doctor Rivas Sacconi fue terminada en los primeros años del presente siglo, y que por tanto pertenece a la madurez intelectual del autor, se mantuvo inédita y celosamente guardada por sus familiares hasta ahora, cuando después de varios frustrados intentos de publicidad, logra salir al público bajo los auspicios del Instituto Caro y Cuervo.

Don Miguel Antonio Caro dejó en el mundo de las letras, no sólo hispanas, sino aun universales, muy bien sentada reputación de humanista, de conocedor profundo de la lengua y civilización del Lacio. Su *Gramática latina*, sus estudios y traducciones de muchos poetas latinos, especialmente de Virgilio, le granjearon tan merecida fama. Cabe ahora preguntarnos: ¿añade a esa gloria un nuevo título la obra que hoy tenemos entre manos? No dudamos en afirmarlo así. De todo lo que salió de la pluma del señor Caro nos parece esta la obra más típica, más representativa de su inmensa figura intelectual. No queremos decir la de más vasto alcance por el tema propuesto o porque mejor revele las cualidades del profundo pensador o del agudo crítico, sino simplemente la más representativa por cuanto auna lo que en el señor Caro hay de más extraordinario: su genio de humanista, su cultura superior al medio, su capacidad crítica, su asombrosa consagración al trabajo. Este libro reafirma para él, por una parte, su fama de "lejano descendiente de la antigua Roma", y por otra, su bien ganado título de crítico de alta escuela y de traductor insuperable. En efecto, manejar el verso latino con la destreza que él lo hace, ya se trate de expresar un pensamiento original, o, lo que es más arduo, de realizar una versión como ésta, y escribir en prosa con la soltura y elegancia de los estilistas de la edad augusta, son cosas que bien pueden exhibirse como el producto de la más refinada disciplina mental y son además prueba evidente de que en nuestro gran polígrafo había una verdadera intuición genial para comprender las reconditeces e interpretar el alma de una cultura que floreció hace siglos. Pero si a lo anterior se añade que el contenido de este escrito latino es también de calidad insuperable por su acierto, por su aparato crítico, por su rigor filológico, bien podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la obra donde tantas excelsas virtudes se han sumado, es la más completa exhibición del humanista, del clásico, del exótico hombre de cultura que fue don Miguel Antonio Caro.

Suprimidas por una imaginaria catástrofe todas las obras con que el señor Caro ganó fama de exquisito crítico y de latinista sin rival, esta sola valdría para otorgarle de nuevo tales privilegios. Por esto, el público culto del continente contrae una insalvable deuda de gratitud con quienes han sido los fautores y realizadores de esta magna empresa y han puesto en nuestras manos un libro de esmerada presentación tipográfica, de contenido grandemente valioso y que salva

del olvido lo que — repetimos — nos quedará como la más pura síntesis de la altura mental de uno de nuestros más eximios próceres.

R. T. Q.

(En *Revista de las Indias*, Bogotá, vol. XXXI, núm. 97, junio de 1947, págs. 168-170).

La raíz del decoro de la cultura clásica colombiana no ha perdido su savia nutritiva. El Instituto Caro y Cuervo, dirigido actualmente por el prestigio del P. Félix Restrepo, humanista de acendrada sabiduría, acaba de enriquecer a la literatura universal, con dos obras de rico contenido. Son dos volúmenes que inician, por primero, y por segundo en los ordinales de un gran alarde de cultura, las demostraciones de la obra que prepara y dirige el Instituto. Cada número del *Boletín* del mismo, dirigido por la pericia de José Manuel Rivas Sacconi, humanista de sólida preparación y quien ha comenzado a publicar sustanciosos capítulos de un estudio sobre Humanismo colombiano en el mencionado *Boletín*, comprueba la trascendental importancia de la obra encomendada al Instituto Caro y Cuervo.

No quiero detenerme en comentar el tomo primero de la serie mencionada. Lleva por título en la portada *Obras inéditas* de Rufino J. Cuervo. El contenido todo es una densidad. Como obra impresa, es un alarde de gracia y nitidez. Como obra de Cuervo, es página eterna y de acabado perfecto. Así se salva la inconclusa labor del *Diccionario de construcción y régimen*.

Tengo preferencia por el segundo volumen de estas "Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo". Es un volumen cuya lectura me ha llenado de júbilo en esta hora de tinieblas. Se trata de una obra inédita de Miguel Antonio Caro. La portada, a dos tintas, de un tomo en 16avo de 242 páginas, dice así: *La Canción a las ruinas de Itálica del Licenciado Rodrigo Caro, con introducción, versión latina y notas por Miguel Antonio Caro, publicadas por José Manuel Rivas Sacconi*.

Rivas Sacconi escribe lo que él llama con sencillez y modestia, *Advertencia*, que no es más que una erudita prefación a todo el volumen. Hace la historia del manuscrito de Caro. Opina que la traducción latina de la *Canción a las ruinas de Itálica*, fue compuesta antes de 1899.

La obra latina de Caro está dividida en siete Prolegómenos en lengua latina de elegante estilo. Indica en el primero la razón de la obra. El segundo es un estudio completo de la vida, estudios y costumbres de Rodrigo Caro. El tercero estudia el catálogo de las obras y opúsculos del insigne licenciado. El cuarto escudriña todo lo relativo a las viceversas de la *Canción* celeberrima. Indica Caro las fuentes de donde fluyó el texto definitivo del hondo canto. El quinto se

ocupa de la naturaleza de esa poesía y de su metro. El sexto lo dedica a los autores y seguidores del tema de la *Canción a las ruinas de Itálica*. El séptimo trata de lo que reunió el autor en un segundo apéndice de la obra, lo que en español podría llamarse Espigadura de los epigramas compuestos acerca de las ruinas. Sigue a los prolegómenos, el texto latino compuesto por Caro, paralelo al texto español de "Estos, Fabio, ay dolor! que ves ahora"... Miguel Antonio Caro que enriqueció la lengua latina con traducciones dignas de los mejores ingenios de la lengua de Virgilio, y que pronto aparecerán en un volumen especial, comienza así la Canción:

Omne quod hinc, Damon, eheu! nunc cernere fas est,
 Nil nisi deserti campi collisque severus,
 Italica ante fuit, late notissima fama.

Como puede advertirlo el lector, Caro quiso en latín seguir la estructura española de la canción a las ruinas de Itálica.

Las eruditas anotaciones que Caro puso en seguida del texto latino, forman un estudio de asombrosa erudición humanística.

La humanística colombiana está de parabienes y la cultura americana — diré mejor — la cultura española y lo que es la literatura latina no podrán menos de sentir y expresar júbilo por esta obra magnífica. Una vieja tradición humanística aparece ahora justipreciada, no sólo por la aparición del volumen de Miguel Antonio Caro, que es obra preciosa, sino por el erudito estudio que ha comenzado a publicar en el *Boletín* del Instituto, la diestra pluma de Rivas Sacconi. Habló de la vieja tradición de amor a la cultura clásica en los días de la colonia, en la Nueva Granada, y en los días de la República de Colombia. Esta labor de justipreciación es de innegable importancia y de valor intrínseco.

El volumen de Caro viajará ahora por los itinerarios de las Academias y Ateneos. Será leído con avidez por los consagrados a estudios de humanística clásica. La prensa pregonará en reseñas de sobrio corte bibliográfico, los méritos, las bellezas y la utilidad de esta obra de Caro, que ha dormido el largo sueño de casi cincuenta años, en espera del minuto luminoso en que los tórculos gutenberianos, movidos por la dinámica de un joven humanista colombiano, ha redimido del silencio tan preciosas páginas, páginas sápidas llenas de gracia y de verdad.

No puedo menos de congratularme con el Instituto Caro y Cuervo y de exaltar los méritos y la erudición del señor Rivas Sacconi que ha puesto al servicio de la cultura todo el acervo de su sólida preparación humanística y todo su fervor patriótico. El volumen primero de las publicaciones del Instituto Caro y Cuervo vindica la gloria de

Rufino José Cuervo, el filólogo incomparable. El volumen segundo hace el pregón de los subidos méritos de Miguel Antonio Caro, uno de los primeros humanistas del siglo XIX.

ALFONSO ZAWADZKY

(En *El Comercio*, Quito, marzo 5 de 1947).

El Menéndez Pelayo de Colombia murió en 1909, de 66 años. Escribió mucho y óptimo, de literatura, crítica literaria y de alta política, desde los 16 años hasta el fin de su vida. La traducción en verso de todo Virgilio, con introducciones y anotaciones estupendas le hizo conocer y estimar de los sabios en letras de España y de la América española. Muchos volúmenes de él han sido impresos o reimpresos después de su muerte; muchos faltan aún por ver la luz primera. El último libro de Caro es un estudio maravilloso, escrito en latín sobre la poesía inmortal de Rodrigo Caro *Las Ruinas de Itálica*. Si, en latín contra los pedantes del siglo XX que no saben ni leerlo, cosa que no ignoran ni las oscuras monjitas de clausura. En latín, el encanto de Andrés Bello y de Cecilio Acosta y de Juan V. González.

El latinista romano-bogotano doctor José Manuel Rivas Sacconi, que sabe mucho y de muchas cosas — quien lo hereda no lo usurpa — ha publicado con un cuidado que asombra el escrito del Sr. Caro, y también le ha puesto un prólogo necesario, pero en español, aunque si hubiese querido, lo hubiera redactado en prosa latina. Cuatro erratas mínimas he hallado en el libro muy difícil de imprimir. Las pondré en nota ¹.

Joven de 15 años (como M. P.) hacía Caro versos latinos. Y el mismo año que falleció los escribió también. Puso en metros de Lacio más de cien de las mejores poesías de nuestro Parnaso, y francesas, inglesas e italianas. Una de su padre, D. José E. Caro, a la ciudad de Maracaybo, apareció el año 1943 en otro libro latino de D. Miguel. Qué fecundidad la de este neogranadino! Y eso que en 1885 hasta fines de siglo, el bienestar de su patria, por medio de la política, le arrebató el amor de las letras. Qué no hubiera escrito este humanista sobre historia, filosofía, de alta literatura en aquellos años, de los 42 a 57, en otras circunstancias, con tiempo libre!

Siete nutridos capítulos anteceden a la traducción latina de la Elegía "A las Ruinas de Itálica". En ellos se da razón de la vida de

¹ Pág. xii. Línea cuarta de la nota. Tomo II.

De la obra allí citada no ha salido sino un tomo, y en él está lo que el señor Rivas cita. — *Paullo apostolo*, pág. 47, línea 12. Creo que el *Paulo* es con l, no dos eles.

Pág. 126. Alarcón era de Guadix, no de Granada. — El *Ioannis* Henricus de la pág. 62 me parece que será *Jannes*.

D. Rodrigo Caro, de sus obras, de sus poesías o *poesía* inmortal, de los sitios donde pudo inspirarse para su bellísima obra, de los autores que tocaron puntos semejantes y las poesías que nos dejaron de un carácter parecido...

Viene después de 120 páginas de esta introducción la *Canción a las ruinas de Itálica o Sevilla la Vieja por el Licenciado Rodrigo Caro*. Allí cara a cara: el Caro de Utrera, en castellano, y el Caro de Santafé, en latín, cantan a dúo. Soy perfectamente ignaro, y no puedo dar mi opinión en la materia. "Quede a otros la ardua sentencia". Sólo diré que los 102 versos españoles están vertidos en 85 hexámetros rotundos y romanos.

Las notas gramaticales o literarias que adelante se ponen, asombran cuando uno sabe que Caro tenía pésima vista al fin de su vida, pues tenía que dictar. Adornan el tomo bellamente poesías hispanas, parientas próximas de la de R. Caro. Dn. Miguel Antonio era verdaderamente erudito y sabio y nada vanidoso. Tal vez sería orgulloso — y tenía sus motivos para serlo. Esta obra y otras pudo publicar en vida y no lo hizo —. Las muchas traducciones de poesías horacianas no dio a conocer jamás ni siquiera a su mejor amigo, M. Pelayo, cuando éste le pedía traducciones de él y de otros colombianos para su libro *Horacio en España*.

Colombia no supo qué hombre perdía, en agosto de 1909, cuando el Señor Caro fue llamado por Dios. Pero Colombia honra ahora y seguirá honrando a un sabio y apologista católico por antonomasia.

Permítaseme terminar plagiando a un orador, más que poeta:

—¿Cómo era M. A. Caro? — Caro tenía 1 con 70 de altura más o menos. Su corazón pesaba 50 kilos y su cerebro pesaba cien.

Caracas, abril de 1947.

FRAY A. MESANZA

(En *El Catolicismo*, Bogotá, 18 de abril de 1947).

Esta nota bibliográfica quiere salirse de la estricta norma a que la técnica del ramo suele someter las reseñas de libros publicados. El volumen a que voy a referirme, me da pie — no pie forzado — como otrora decían los poetas repentistas, para hilar un comentario en honor de la verdad, por la reciente aparición de un libro colombiano impreso en Colombia!...

Acaba de salir de las prensas de Editorial Voluntad, de Bogotá, el segundo tomo de las publicaciones que ha comenzado a hacer el Instituto Caro y Cuervo, cuyo Director es el P. Félix Restrepo, a quien no vacilo en llamar el legítimo sucesor de Rufino José Cuervo, el incomparable filólogo colombiano, honor de la lengua española y gloria de las letras en América.

El primer tomo, verdadero alarde de arte tipográfico, por la nitidez de impresión, por el buen gusto de la composición y por la calidad del papel usado, tiene en la portada el título: *Obras Inéditas* de Rufino José Cuervo. Quien desee mitigar la sed de estudios de construcción y régimen, en ese tomo encontrará lo que se ha logrado de las papeletas de Cuervo en su monumental *Diccionario*, del cual sólo salieron, en vida del autor, dos gruesos tomos. Toda ha sido labor del P. Restrepo. Colabora el filólogo español don Urbano González, cuya bibliografía, para el trabajo de Cuervo, es obra de profunda y sólida erudición.

Me ocupo de preferencia ahora del segundo tomo de las mencionadas publicaciones. Tanto el primero como el segundo, andan en mis manos, por la exquisita cortesía de José Manuel Rivas Sacconi, humanista colombiano que honra esta generación de nuestra cultura. Se trata de la versión latina que Miguel Antonio Caro hizo de *La canción a las ruinas de Itálica del licenciado Rodrigo Caro*.

Este libro no es simplemente una novedad bibliográfica. Es una llama que se ha levantado para dar testimonio de la cultura de una generación colombiana. Aparece la fisonomía de Miguel Antonio Caro en toda su plenitud latina, de humanista de altísima calidad, artista de la palabra y dueño de todos los secretos del idioma que inmortalizó Virgilio en su *Eneida* y Horacio en sus cantos, así como Cicerón en sus oraciones y tratados de labrada prosa, cálida, edificada en la arquitectura del hipérbaton en todo su acabado, como propiedad única de la lengua gloriosa.

Rivas Sacconi hace preceder, a la obra de Caro, hasta ahora inédita, escrita antes de 1899, la que él llama *Advertencia*, verdadera prefación erudita, escrita en castizo y sencillo lenguaje, iluminado por los fulgores latinos. Estudia la historia del manuscrito de la versión latina de la Canción de Rodrigo Caro que todo literato de buen gusto sabe de memoria. Ahonda, como experto latinista, en la investigación y examen del texto de todo el conjunto de la obra, porque Caro no ha legado a la posteridad de los humanistas colombianos la escueta traducción de los versos de la melancólica canción, solamente, sino que ha preparado doctísimos prolegómenos, en los cuales estudia la vida del cantor, la obra, el metro etc. etc. Como final de su libro, además de la que llamo espigadura, por atenerme en rigor al sustantivo latino que usa Caro, *Spicilegium*, de los epigramas a la canción memorable, pone el glorioso humanista, anotaciones, que son páginas de exquisito gusto por su sazónada erudición humanística.

El libro — segundo tomo de las publicaciones del Instituto — lleva en su portada esta leyenda o título: *La Canción a las Ruinas de Itálica del Licenciado Rodrigo Caro. Con introducción, versión latina y notas por Miguel Antonio Caro*. Publicadas por José Manuel Rivas Sacconi. Bogotá, Editorial Voluntad, 1947 (1 tom. de xxxiii — 252 págs.).

Rivas Sacconi anuncia la próxima aparición de una versión española

del libro de Caro, hecha por Restrepo Millán, ampliamente conocido en todo el país como humanista docto y de sólida cultura.

El mismo Caro habla de otras traducciones suyas, de diferentes idiomas, poesías al latín, que serán publicadas por el Instituto Caro y Cuervo, bajo la dirección de Rivas Sacconi.

Presento al Instituto cálidas felicitaciones por la obra trascendental que ha emprendido. El *Boletín* no es un simple alarde editorial. Es la demostración de una vieja verdad en la historia de la cultura humanística colombiana. Para mi distinguido amigo Rivas Sacconi van expresiones sinceras de especiales parabienes. Lo merece, porque su labor es digna de alabanza. Pero, digna es de alabanza por la excelencia de la obra, obra sustantiva que acusa una vasta cultura.

SIMON MIRANDA

(En *Diario del Pacífico*, Cali, febrero 28 de 1947).

Hace ocho días, este programa estaba de plácemes con el comentario a la versión de los *Idilios* de Anacreonte, realizada directamente del griego por Fray Gregorio Arcila Robledo. Hoy el júbilo que nos produjera la noticia de entonces, por cuanto significa que en este país no ha muerto el amor por las disciplinas clásicas, continúa al presentar al público de esta radiodifusora la publicación que José Manuel Rivas Sacconi ha hecho de la versión latina de don Miguel Antonio Caro, de la *Canción a las Ruinas de Itálica*, del Licenciado Rodrigo Caro.

Bien conocida es en la literatura española la famosa elegía:

Estos, Fabio, ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
Colonia fue. Por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente.
De su invencible gente
Sólo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo.

En todos los manuales de lectura por donde se paseó nuestra aplicación de colegiales, en todos los textos de retórica o preceptiva literaria que fatigaron nuestros ojos en las aulas, figura la famosa canción, que, por tanto, tiene algo de recuerdo escolar para nosotros. La novedad, pues, de este libro no reside en el traducido. Tampoco en el traductor. Don Miguel Antonio Caro se destaca en el panorama de las letras

colombianas como el máximo helenista y el supremo latinista. Sus múltiples versiones dan fe de ello y lo atestiguan palmariamente la magna empresa de la gramática latina que acometiera en socio de su aliado de siempre en estas fatigas de la latinidad, don Rufino José Cuervo.

La actualidad de esta obra reside en otros aspectos y principalmente en el hecho singular de que un joven colombiano — la tez sonrosada de Rivas Sacconi no acusa más de cinco lustros — se haya dado a desempolvar papeles, a remover anaqueles, con cierta paciencia de enclostrado benedictino, hasta topar con el manuscrito inédito de don Miguel Antonio. Hasta aquí apenas el hallazgo, el ingente trabajo, que pudiera llamarse monumental, si se considera por quien es realizado, comienza ahora. Don Miguel Antonio traducía al latín las más preciadas obras españolas, en su sentir, para hacerles ganar universidad y categoría ecuménica. Pero en los últimos años de su vida, doblegado ya el ímpetu del polemista, mermado el entusiasmo del político, debilitados los poderosos registros armónicos en la garganta del orador, con una pesimista visión de los hombres y de las cosas, don Miguel Antonio refugió su vejez en el arte, el arte para sí mismo, acaso adivinando la verdad que luego Mauricio Barrés expresaría así: "Arrimémonos al arte, no tanto por los placeres que da, cuanto por los pesares que quita".

En su casa de la calle 19, él que había reído e ironizado tanto sobre la vida pública y sus hombres, se convirtió en un anacoreta de las humanidades, en un monje de los libros, desdeñoso de la fama y de la gloria. La *Canción a las ruinas de Itálica*, por Rodrigo Caro, talvez pariente de don Miguel, como lo insinúa don Marcelino Menéndez y Pelayo en 1884, era uno de los pasatiempos del gran viejo. Emprendió la traducción, dejándola a su muerte en un manuscrito borroneado, con tachaduras, con letra vacilante, con notas en latín y numerosas enmiendas tanto en el texto latino, como en las anotaciones en el mismo idioma con que el traductor iba glosando al margen la mayoría de los versos.

Después de medio siglo, un muchacho colombiano que no se ha dejado ganar la juventud por la fácil invitación de lo más corto, la emprende con el mamotreto, descifrando, repasando, corrigiendo, aclarando párrafos oscuros, ordenando notas latinas, aclarando enmendaduras hasta regalarnos este precioso libro de trescientas páginas en dieciseisavo, prologado por un estudio en español donde sobresale un profundo dominio del humanismo integral. Rivas Sacconi ha debido pasar antes muchas ingratas veladas sobre la caligrafía latina de don Miguel Antonio Caro y acudir a múltiples textos de consulta y estudio para lograr una edición, en latín, tan pulcra, irreprochable y erudita. Y cuánto mérito denota el hecho de que a esa edad de los halagos, cuando la juventud en la mayoría de nuestros hombres es apenas una colina de ensalmamiento y fascinación para retozar y regodearse en el paladeo de golosinas sin esfuerzo, Rivas Sacconi se dedique a

compilar latines y a escrutar declinaciones y conjugaciones, en la secretaría del Instituto Caro y Cuervo! "Sic itur ad astra" — así se va hasta las estrellas — decían los romanos del imperio.

De la traducción, así publicada por tan magnífica labor, podrían decirse discursos enteros. Don Miguel Antonio, en cuanto a crítica, nunca dudó de la paternidad del licenciado don Rodrigo Caro sobre la famosa oda y siempre la reivindicó para el de Utrera.

En un artículo publicado en *La Nación*, en 1888, don Miguel Antonio sienta el principio de que don Rodrigo es el autor de la *Canción a las ruinas de Itálica*, contra lo que opinen otros promotores de polémica sobre dicha paternidad.

En el texto latino, en la misma estructura de la traducción, conserva cierta armoniosa eufonía que suena a métrica horaciana y guarda la misma armonía imitativa con que en el original español el autor hace presente la melancolía de las ruinas grandiosas ante el recuerdo de su pasado. Toda la nostalgia de la prístina gloria, de la pasada magnificencia, convertida ahora en morada de lagartos y reino de la hiedra y la desolación. Y por sobre la mustia soledad, por sobre el paisaje de arcos rotos y pilares derruídos, la presencia omnímoda de Roma, Roma eterna en la perduración de sus piedras.

GONZALO CANAL RAMIREZ

(En *Novedades Literarias*, Radiodifusora Nacional de Colombia, Bogotá, 21 de mayo de 1947).

Hasta hace muy pocos años era desconocido el nombre del doctor José Manuel Rivas Sacconi en el mundo de las humanidades clásicas; hoy es reputado como uno de los más insignes latinistas colombianos, y figura como fiel colaborador del Instituto Caro y Cuervo. Las orientaciones y finalidades de esta entidad pretenden avivar en la tierra de aquellos dos grandes varones el fuego magnífico de las tradiciones más cultas.

Bajo el cuidado de su espíritu y la mirada atenta de sus ojos de varón estudioso cayeron un día las excelentes páginas trazadas por Don Miguel Antonio Caro acerca de *Las ruinas de Itálica* y de su autor. Para innumerables colombianos son conocidas las estrofas consagradas por Rodrigo Caro a los vestigios silenciosos de la antigua Sevilla, y no pocos las aprendieron de memoria en las hojas de las buenas antologías castellanas.

No hay, no puede haber alma de hombre que no se conmueva o se haya conmovido en presencia de las grandes ruinas provenientes de civilizaciones desaparecidas. Entre los despojos antiguos brota la luz del recuerdo, y sus destellos inspiran al viajero emociones de inmortalidad. La fragilidad del hombre ha permitido comparar su vida con

la espiral inasible del humo y con la breve lozanía de la flor del campo. La condición transitoria de las sociedades formadas por él resulta fácilmente perceptible a través de la historia. Pero sin embargo, son muchas las reliquias que hallamos de las antiguas gentes a quienes tocó en suerte dominar por la primera vez el haz de la tierra. Esto lo podemos comprobar en todos los instantes de nuestra vida, ya pensemos en los egipcios con sus jeroglíficos que aprendió a descifrar Champollion, ya en los lujuriosos pueblos de Babilonia y Nínive cuya vida es posible reconstruir un poco, merced a la escritura cuneiforme entendida por Rawlinson. Una columna rota, un friso desportillado, un basamento vigoroso, o una línea casi imperceptible sobre una piedra humillada en el polvo, son bastantes a despertar en nosotros la memoria de los mayores imperios.

Cuando el doctísimo Rodrigo Caro visitó por la primera vez el paraje a que luego dio inmortalidad serena, quizás no imaginó la profundidad y extensión de los sentimientos emanados de aquel y confundidos con su visión de las cosas. Largas horas de reflexión apacible le permitieron ascender las múltiples ideas esparcidas luego en la *Canción a las ruinas de Itálica*; y mucho tiempo fue preciso para grabar de manera definitiva, en palabras eternas, la nostalgia de lo extinguido y la memoria de lo perdurable.

El sabio humanista Don Miguel Antonio Caro estimó tanto la *Canción* estupenda como si aquellas ruinas hubiesen sido contempladas por él mientras los pasos de Don Rodrigo Caro se apagaban "en el cerco vago de su desierta arena". Escribió nuestro clásico una introducción y numerosas notas acerca de aquella obra maestra de la inteligencia, y la vertió al latín para regocijo de su mente y satisfacción orgullosa de la posteridad colombiana. Por lo mismo, constituye motivo de visible decoro para el Instituto Caro y Cuervo la publicación realizada merced a la diligencia y tino del doctor José Manuel Rivas Sacconi.

Editorialmente el volumen no tiene defectos, cosa apenas lógica en tratándose de una edición revisada por don Jorge Plazas, que figura justamente como uno de los directores de la Editorial Voluntad. Pero es preciso insistir en la circunstancia de los altos conocimientos del doctor Rivas Sacconi, diestramente secundado por el editor cultísimo.

Una y muchas veces puede ser leído por los varones letrados del país de Caro, Cuervo y Suárez la *Canción de las ruinas de Itálica*, para deleite sumo de sus espíritus. Siempre la recordarán con aquel recuerdo lleno de grandeza que damos a las mayores manifestaciones literarias del mundo, y sentirán que en Don Rodrigo Caro se renovó el sentimiento que inspiró a Lucano ante las ruinas de Troya: *Etiam periere ruinae*.

MANUEL JOSE FORERO

(En *El Siglo*, Bogotá, 28 de junio de 1947).

El Instituto Caro y Cuervo de Bogotá acaba de publicar una obra de don Miguel Antonio Caro que se había conservado inédita durante largos años. Se trata de la *Canción a las ruinas de Itálica del Licenciado Rodrigo Caro con introducción, versión latina y notas*. El sabio humanista bogotano manejaba la lengua de Cicerón y de Virgilio con incomparable maestría y fueron bastantes las horas que él hurtó a sus fatigantes labores de estadista y de político para dedicarlas a su ocupación preferida: las letras clásicas. Su obra latina es considerable y apenas ahora empieza a darse a conocer. La Academia Colombiana de la Lengua fue la primera en dar a la estampa un tomo de poesías latinas del señor Caro, escogiendo algunas de entre las suyas un tanto caprichosamente y acomodándoles un título: *Carmina et interpretationes e poetis nostratibus*. Sin embargo no hizo con eso la docta corporación un debido homenaje a la memoria de uno de sus más esclarecidos miembros, porque por una parte el libro apareció con notables deficiencias y por otra no se respetó el plan que, según consta, tenía el maestro ya esbozado para la publicación de sus obras latinas.

A reparar este desacierto sale ahora la obra que comentamos y que vendría a ser, dentro del plan de su autor, un tercer tomo de su obra latina completa, siendo el primero las poesías latinas originales *Carmina Latina* y el segundo las traducciones al latín de poesías españolas, italianas, francesas e inglesas (*Latinae interpretationes*). Al número de estas últimas pertenece la *Canción a las ruinas de Itálica*; pero como lo dice el profesor Rivas Sacconi en su *Advertencia* preliminar, el señor Caro dio a esta traducción especial realce, "puso en su ejecución, según es fama, particular esmero y le consagró extensos *Prolegómena* y un comentario eruditísimo".

Todo el público culto del país debe estar agradecido para con el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá por esta publicación que dice muy alto de la cultura colombiana y viene a continuar, haciendo oír la voz de los propios maestros, la tradición humanística que nos hizo célebres en el Continente.

R. T. Q.

(En *Revista Cultura*, Órgano de la Dirección de Educación Pública del Departamento de Boyacá, Tunja, abril de 1947, núm. 96, págs. 79-80).

El Instituto Caro y Cuervo, que há poco inició sus publicaciones con las *Obras Inéditas* de Rufino José Cuervo, profundo filólogo bogotano, acaba de dar a luz *La canción a las ruinas de Itálica del Licenciado Rodrigo Caro con introducción, versión latina y notas por Miguel Antonio Caro publicadas por José Manuel Rivas Sacconi*.

Fue impreso el volumen indicado en la Editorial Voluntad, de Bogotá, en forma completamente nítida, cual correspondía a un libro tan

importante, que será fervorosamente acogido en América y en España.

El señor Caro, que ejecutó la titánica labor de traducir al castellano la *Eneida*, las *Eglogas* y las *Geórgicas* de Virgilio, versiones tan encomiadas por literatos insignes, como Enrique Piñeyro, cubano; el señor M. A. Caro, repito, tradujo al latín la *Canción* mencionada, de la cual, dicho sea de paso, todos recitamos, por lo menos, algunos magníficos fragmentos. Y hubo de completar su meritísimo trabajo escribiendo la introducción y aportando notas eruditísimas. Qué alientos y qué simpatía por el licenciado hispano, el cual le estaba unido, no sólo por vínculos consanguíneos, sino por aquello de que habla el genial bardo germánico: "las afinidades colectivas".

Rodrigo Caro, hombre de vida honesta, como su ilustre pariente, el conspicuo humanista bogotano, nació en Utrera en 1573, según datos que yo poseo hace largo tiempo; dedicóse a estudios históricos y sobre todo arqueológicos, impelido por el noble anhelo de descubrir las huellas de la antigua civilización romana, empresa que en el siglo XIX realizara Gaston Boissier; y nos dejó en versos perfectos la elegante y grandiosa *Canción* que, por muchos lustros, se atribuyó a Francisco de Rioja, musajeta sevillano; pero está suficientemente demostrado que su autor es Rodrigo Caro, quien murió en 1631, esto es, a los 58 años de su edad.

Las ruinas de Itálica o Sevilla la vieja, fueron visitadas por un renombrado escritor de nuestra raza, el cual manifiesta, en una de sus vibrantes páginas que una profunda y melancólica tristeza se difunde por el alma del viajero ante el aspecto solemne del ruinoso anfiteatro, por donde corre un viento frío, que parece llevar en sus alas los ecos adormecidos de aquellas muchedumbres que se enronquecían voceando entre las sangrientas luchas de los púgiles romanos.

La embrujadora Sevilla, ha sido en todo tiempo bellamente cantada por egregios líricos de diversos países. Alguno dijo:

Tú, maravilla octava, maravillas
a las siete pasadas maravillas.

El inmortal Víctor Hugo, primer lírico del siglo XIX, refiriéndose a la simpática urbe que baña el Guadalquivir, escribió:

Hasta Sevilla te llamaría
si dos Sevillas pudiera haber.

Y el bogotano Gómez Restrepo, en un lindo poema destinado a ponderar la risueña y atrayente capital de Andalucía, cantó:

En Sevilla, la reina de Andalucía,
Qué hermosas son las noches de primavera!

Volviendo a la publicación que origina estos breves renglones, declaro, vivamente complacido, que el docto Instituto mencionado procedió con loable acierto al dar a la estampa la versión del señor Caro, junto con las notas ilustrativas a que he aludido. No era posible que tan interesante trabajo permaneciese por más tiempo, inédito. Esa publicación es un merecido homenaje a la memoria veneranda del señor Caro y pone de relieve, una vez más, el fervor por la Poesía, la Literatura y el Arte que siempre ha distinguido a esta gran metrópoli.

La benedictina labor del joven literato y hábil latinista doctor José Manuel Rivas Sacconi, es altamente plausible. El prólogo por él elaborado, reúne condiciones muy recomendables. Y ha tenido el intelectual a quien hago referencia, la envidiable fortuna de unir su limpio nombre al muy glorioso de Miguel Antonio Caro.

Con toda la sinceridad de mi alma, aplaudo entusiásticamente la publicación aludida.

M. CARVAJAL VELASCO

(En *El Imán*, Buga, año V, núm. 237, domingo 20 de julio de 1947, pág. 3).

No cabe en los estrechos moldes de una modesta nota bibliográfica el comentario que merece un libro de tanta envergadura como el que contiene la versión al latín, con introducción y notas en la misma lengua de la *Canción a las ruinas de Itálica*. Esta obra, en la que don Miguel Antonio Caro realizó el milagro de superarse a sí mismo, no puede ser juzgada a la ligera. Diremos pues únicamente, por hoy, que la edición nada deja qué desear. Y era lo natural: fue dirigida por José Manuel Rivas Sacconi y realizada por la Editorial Voluntad.

NICOLAS BAYONA POSADA

(En *Revista Javeriana*, Bogotá, tomo XXVII, núm. 134, mayo 1947, pág. 256).

El Instituto Caro y Cuervo de Bogotá es uno de los centros de alta cultura más serios y responsables del continente. Este organismo, dependiente del Ministerio de Educación Nacional, empeñado en mantener la brillante y fecunda tradición humanística y filológica de Colombia, cuenta entre sus tareas más importantes, la continuación del *Diccionario de construcción y régimen* de don Rufino J. Cuervo. Al frente del Instituto se encuentran personalidades tan destacadas en el mundo de las humanidades, como la del Padre Félix Restrepo, autor de *La llave del griego* y otros importantes trabajos de esta índole; la del Profesor español don Pedro Urbano González de la Calle y la del joven y meritorio latinista colombiano José Manuel Rivas Sacconi.

El Instituto posee un magnífico *Boletín* trimestral de rico y selecto contenido, editado con todo el rigor y aparato de la crítica más exigente. Bajo sus auspicios se están editando obras colombianas de mérito indiscutible en el campo de las investigaciones filológicas y humanísticas. El primer libro aparecido: *Obras inéditas* de Rufino J. Cuervo, fue editado por el Padre Félix Restrepo. Dicha obra contiene tres importantísimos trabajos del sabio filólogo colombiano: *Castellano popular y castellano literario*, *Las segundas personas del plural en la conjugación castellana* y *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas*. El volumen está precedido de un prólogo del editor Restrepo y de una bibliografía de la obra *Castellano popular y castellano literario*, elaborada por el Profesor González de la Calle. La edición está hecha con exquisito esmero y con una nitidez y perfección admirable.

Acaba de aparecer la segunda de estas publicaciones, editada bajo la dirección de Rivas Sacconi: *La canción a las ruinas de Itálica*, del licenciado Rodrigo Caro, con introducción, versión latina y notas de Miguel Antonio Caro.

En nuestros países, bastante ajenos a esta clase de disciplinas, no deja de causar extrañeza, y por qué no confesarlo, en muchos espíritus superficiales, hasta desdén, la publicación de una obra en latín. A los tales se les antoja tal propósito, intento vano de resucitar un cadáver que mejor estaría dejar en la tumba que le cavaron sus propios hijos. No pensaban así nuestros humanistas del siglo pasado, los Cuervo, Caro, Bello, Ramos, Juan Vicente González y Cecilio Acosta. Estos eminentes varones estaban íntimamente persuadidos de la importancia del latín y de su literatura como condición indispensable para el mejor conocimiento de nuestra propia lengua. Los más grandes gramáticos y hablistas que tuvimos el pasado siglo, fueron al mismo tiempo nuestros mejores latinistas. Pero al señor Caro no se le escapaba la escéptica sonrisa que la publicación de su obra habría de producir en muchos espíritus ignaros, y por eso, en el primer capítulo de los extensos *Prolegómena* que preceden la traducción de la famosa oda explica el por qué de esas traducciones al latín. No ciertamente por prurito exhibicionista del cual estaba muy lejos el eximio varón. El señor Caro opinaba que había obras que merecían ser conocidas por los hombres cultos de todos los tiempos y lugares y estaba persuadido de la importancia del latín como vehículo de comunicación universal. "Credo equidem vel nostris etiam, vel proxime elapsis temporibus poetas optimos unum saltem vel alterum exstissime, qui non civibus suis tantum, sed generationibus nationum omnium aliquem ex suis hortibus florem in donum perpetuum tradiderint". A este género de obras pertenecía en su concepto la *Canción a las ruinas de Itálica* del Licenciado Rodrigo Caro. Esta traducción pertenecía a un extenso plan de traducciones latinas que se había trazado el señor Caro. "Libellus hic — dice — tamquam spe-

cimen prodit maioris operis, varia ac plurima poemata complectentis e diversis linguis a me Latinis versibus reddita et notis illustrata".

Los siguientes capítulos de los *Prolegómena* contienen un relato de la vida del Licenciado Caro, de sus aficiones literarias, de sus costumbres; un catálogo de sus obras y opúsculos; un estudio sobre las fuentes de la canción; un análisis sobre el ritmo y la métrica de la misma y por último, un eruditísimo estudio sobre los poetas y escritores que han explotado el motivo de las ruinas como raíz y fuente de poesía.

Sigue la traducción del poema de Rodrigo Caro en preciosos hexámetros, labrados en un latín rotundo y preciso, como golpes de cincel sobre mármol.

Omne quod hinc, Damon, eheu! nunc cernere fas est,
Nil nisi deserti campi collisque severus,
Italica ante fuit, late notissima fama...

Cierran la obra unas anotaciones sobre el poema, anotaciones que revelan la gran erudición y el cuidadoso esmero que puso en la obra el señor Caro, y dos apéndices: en el primero se contiene una breve antología sobre literatura de ruinas y en el segundo una serie de epigramas sobre el mismo tema de autores italianos, ingleses y españoles.

La obra que acaba de editar el Instituto Caro y Cuervo puede considerarse como modelo en esta clase de publicaciones. La crítica más exigente no podría ponerle la menor tacha.

En lo que atañe al contenido, la obra es de un gran interés y amenidad. Y una muestra estupenda del dominio que del latín poseía don Miguel Antonio Caro. Escrita en un lenguaje elegante sin rebuscamientos, limpio, sávido y claro sin caer en lo trivial.

Creemos que con la publicación de dicha obra, el Instituto Caro y Cuervo acaba de hacer un señalado servicio a la causa de los estudios humanísticos en América. Abrigamos la esperanza que habrá de servir de estímulo y de acicate para la publicación de obras similares en los demás países del Continente.

ARMANDO ROJAS

(En *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, año VIII, núm. 63, julio-agosto de 1947, págs. 176-178).

NUEVOS COLABORADORES

JOSE TORRES REVELLO, argentino, es hoy uno de los americanistas más eminentes por su conocimiento documental de casi todos o la mayoría de los aspectos culturales de las repúblicas americanas durante el período de la Colonia. Su fama la debe, sin duda, a su pa-

ciente y honrada tarea de investigador en el Archivo General de Indias de Sevilla primero y luego en otros no menos ricos e interesantes de distintos países europeos. De su bibliografía, que cuenta más de trescientos títulos sobre múltiples temas y diversas materias, es oportuno destacar *El Archivo General de Indias en Sevilla, Historia y clasificación de sus fondos* (Buenos Aires, 1929), *El libro, la imprenta y el periodismo en América, durante la dominación española, con ilustraciones y apéndice documental* (Buenos Aires, 1940), *Orígenes de la imprenta en España y su desarrollo en América Española* (Buenos Aires, 1940), y *La Orfebrería colonial en Hispanoamérica y particularmente en Buenos Aires* (Buenos Aires, 1945). A la historia colombiana se ha acercado con trabajos como *La biblioteca del virrey-arzobispo del Nuevo Reyno de Granada, Antonio Caballero y Góngora* y *Una carta del Virrey del Nuevo Reino de Granada, D. Pedro Mendinueta, al secretario de Estado D. Pedro Ceballos, comunicándole la llegada a Santa Fe de Bogotá de Alejandro Humboldt y Aime Bonpland*. Torre Revello se ha hecho acreedor a distinciones tales como la de Académico de Número de la Academia Nacional de la Historia, Miembro del International Committee of Historical Sciences, Socio correspondiente de la Associação dos Archeologos Portugueses y Miembro correspondiente de The Hispanic Society of America.

RAFAEL MAYA es en Colombia, actualmente, uno de los escritores más robustamente caracterizado por su completa formación cultural y su perspicaz talento crítico. A su valiosa obra poética hay que agregar sus trabajos en prosa entre los que sobresalen *De Silva a Rivera* (1927) y *Carrasquilla y la Novela en Antioquia*, aparecido como prólogo a la edición de *La Marquesa de Yolombó* de este autor publicada por la Colección Panamericana (Buenos Aires, 1945). En la Revista Iberoamericana de Washington han aparecido igualmente otros ensayos suyos como el titulado *Aspectos del romanticismo en Colombia* que es una notable contribución al esclarecimiento de este tema en la literatura nacional. Buena parte de su labor como escritor se halla recogida en el primero (1934) y el segundo (1940) volumen de *Alabanzas del hombre y de la tierra*. Sus *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana* (1945) ha sido su último libro, el más discutido y en torno al cual se han producido los más encontrados pareceres, marcando por tanto una etapa en el enjuiciamiento de los valores literarios colombianos. Profesor de literatura española en varios Institutos oficiales por un espacio de casi veinte años, su versación en esta materia es notable y le ha permitido elaborar en *Los tres mundos de Don Quijote* una lúcida síntesis conceptual y emotiva del contenido humano de la genial obra cervantina.